

JESÚS RUBIO COLOMA

BIBLIOTECA "PATRIA"

EL DUQUE
DE PIEDRA

Patronato Social de Buenas Lecturas



DG
C54

EL DUQUE DE PIEDRA

+ 1116707
c.

ES PROPIEDAD

Imprenta de BIBLIOTECA PATRIA.—Rey Heredia, 13
CÓRDOBA

«BIBLIOTECA PATRIA»
DE OBRAS PREMIADAS = TOMO 259

Jesús Rubio Coloma

El Duque de Piedra

NOVELA ORIGINAL



OPICINAS:
CALLE FUENCARRAL, NÚM. 138
MADRID

¡Oh, la influencia social de la novela!

Es la novela el género literario más apto para la propaganda de las ideas. El novelista preparó no pocas veces las grandes revoluciones de los pueblos. En nuestros días la novela rusa—desgraciadamente extendida por España—había preparado la revolución comunista de aquel imperio, hoy en completa descomposición.

La novela española puede ser aquí firme baluarte del derecho cristiano, si los actuales poseedores de la riqueza, en cualquier grado, le prestan su decidido concurso por instinto de conservación.

El Patronato Social de Buenas Lecturas, con sus Bibliotecas PATRIA y de Cultura Popular, levanta en alto esta bandera, y llama a cuantos tienen algo que perder, a cobijarse a su sombra salvadora. ¡Quiera Dios que ninguno de los llamados falte a la cita, para su bien y el de la raza hispano-americanal

JUAN DE DIOS T. AVISA (1)

(1) Véase la novela *Los Sueños de Alvarado*, páginas 44 45 y 46.

NOTA.—La edición de obras en esta «Biblioteca» no implica recomendación de otros libros de los mismos autores que en ella colaboran; solamente supone la moralidad y ortodoxia de las que publicamos, que en todo tiempo están sometidas a la autoridad de la Iglesia.

La Dirección

ALFREDO dictaba poco a poco. Eran frases que destilaba su trabajo mental de alambique, de sintetización, obligándole a ir despacio para no perder ningún cabo de su discurso. Frente a él y sobre la misma elegante mesa de caoba, con herrajes de plata, el Inspector general de los Astilleros de Vasconia, copiaba las órdenes de su jefe.

Hallábanse en un suntuoso despacho con menaje de ébano, damasco rojo y hierro repujado, de estilo vasco, severo, duro y bellísimo con lámparas y apliques de madera oscura y cadenas de gruesos anillos, rodeado todo, por ricos tapices del siglo xvii, que paramentaban las paredes y caían sobre las puertas, ocultándolas con misterio. Dos amplios balcones vertían en el aposento la luz amortiguada y suave del jardín que aromaba el ambiente, bajo la espléndida techumbre

de las copas inmensas y tupidas de un bosquecillo de olmos centenarios.

Alfredo sacudió de su cabeza la pesadumbre de aquel trabajo de concentración, encendió un «murratis» y ordenó:

—A ver, léame lo que llevamos hecho.

Lerchundi, el viejo marino, magro y oscuro, como otro mueble más del recio estilo vasco, a quien el salitre de las olas y los ventarrones del mar cargaron de lacras y alfafes, haciéndole encallar en el empleo terrestre de Inspector general de los Astilleros de Vasconia leyó con la voz rajada de los setenta años.

El día 25 de junio, todos los centros instructivos obreros, todos los economatos, las escuelas de Artes y Oficios, como asimismo, las minas, cortas de maderas, astilleros, empresas de construcción, factorías comerciales y cuantos dependen directa o indirectamente de la casa del Duque de Piedra, reciben de ella subvenciones, auxilios o protección, enviaron telegramas, telefonemas, cablegramas o marconigramas saludando al excelentísimo señor Duque.

—¿Hay realmente entusiasmo en el pueblo?—preguntó Alfredo cuando Lerchundi hubo concluido.

—¿Viene V., don Alfredo?—dijo éste—. Yo soy viejo ya y he visto muchas cosas grandes, y he presenciado diversos movimientos populares: iracundos, unos; de ensalzamiento, otros; pues yo le aseguro a usted que en ninguno aprecié más sinceridad que en esto: la gente, la multitud, ha tomado a pecho festejar al señor Duque, y parece como si cada hombre o cada mujer alabase y ensalzase algo suyo al homenajearle.

Un criado anunció:

—El señor Presidente del Consejo de Ministros.

Alfredo se alzó, a tiempo que el tapiz que ocultaba una de las puertas laterales, daba entrada a un caballero de apuesto continente, barba blanca, pelo gris y ojos vivaces, a quien saludó Alfredo con afectuoso cariño.

—¿Y el Duque?—preguntó el recién llegado—. ¿Ha venido?

—No, no vendrá hasta que yo le avise. Hoy, en la conferencia telefónica de la ma-

ñana, se lo he dicho así, y en eso hemos quedado.

—Opino que es preferible.

—Indudablemente. Crea usted, que si mi padre estuviera aquí, no nos dejaba preparar ni la mitad del homenaje.

—Sí; es de una modestia perturbadora.

—Allí está bien; en Bilbao tiene él labor, una labor profusa y variada, a la que entrega sus horas, hasta las que son propias del descanso, y sus energías inagotables. Cuando todo lo tengamos a punto, entonces que venga; con no darle cuenta de lo que se va a hacer, las cosas irán sobre los ralles. ¿Ha visto usted a Emilia?

—No; he entrado aquí directamente.

Alfredo llamó al timbre y ordenó:

—Digan a la señorita, que está aquí su papá.

Lerchundi se despidió de Alfredo.

—¡Señor Marqués! Si no tiene usted más que mandarme...

—Nada más por ahora, querido Lerchundi; mañana continuaremos. Adiós.

El marino se despidió del Presidente del Consejo.

—Señor Amaya; siempre a sus órdenes...

—Adiós, querido, ya sabe que le aprecio de veras.

El Marqués de Valcordana y su suegro don Augusto de Amaya y López Duro, quedaron solos en el despacho íntimo del palacio del Duque de Piedra. Escondido entre enredaderas, árboles y flores, el palacete de un claro estilo renacimiento español, parecía un nido oculto por el follaje a las indiscretas miradas de los que paseaban por los amplios andenes de la Castellana. Una portalada de mármoles y bronce, abríase ante la escalera majestuosa, y al final de ésta, el zaguán amplio y elegante, daba acceso al museo valioso de cada estancia, en las que la riqueza y el gusto depurado de su dueño, el Duque de Piedra, había ido acumulando joyas del arte, caprichos de la naturaleza y preciosidades arqueológicas.

Entró Emilia en el despacho, besó a su padre, dió a su marido unos golpecitos en la cara y preguntó:

—¿Y mamá?

—Bien—contestó don Augusto—. Luego vendrá por tí.

—¡Ah! ¿sí? pues entonces voy a vestirme.

—¿Por dónde van hoy tus correrías?

—Hoy inauguramos un pabellón nuevo en el Colegio de reeducación física.

—¡Qué asombro! ¡Qué vuelta ha dado esta criatura! En verdad, hija mía, que no pareces la misma que yo tuve en casa. Allí todas tus horas eran pocas para el atavío y las distracciones; tu buena madre me decía muchas veces: «me intranquiliza esta niña, no piensa en nada, no acomete nada serio», los deportes, los automóviles, los bailes, las fiestas; y antes y después, el cuidado vanidoso de la cara, del cuerpo, hora tras hora, más bien, día tras día.

—¡Ves tú, Alfredo, qué crueldad!; gracias a que nuestro matrimonio es una cosa definitiva, que ya no tiene desarreglo; sino... te volvías atrás—se reía el esposo.

—Me complace decir todo aquello—contestó el padre—porque pasó; y tú cambiaste de tal manera, que eres hoy el polo opuesto:

Sindicatos, hospitales, centros obreros de instrucción, cooperativas para las familias trabajadoras, asilos de huérfanos y de ancianos... ¡qué sé yo!, si me pasma tu actividad incansable y tu potencialidad de trabajo en estos y otros menesteres parecidos.

—El ambiente, papá, el ambiente. No hay que darle vueltas. Se hace lo que se vé. Desde niños, no hacemos más que lo que vemos. Fijate, en llegando la primavera, todos los chiquillos juegan al toro en la calle; cuando la guerra de Marruecos se intensifica y van y vuelven tropas a Africa, los niños juegan a los soldados. Yo aquí en esta casa no veo más que movimientos y actividades redentoras del que sufre o carece, y hago lo que veo.

—Porque eres buena, Emilla, porque lo llevas en las entrañas del alma—arguyó Alfredo.

—Tal vez; pero lo cierto es, que aquí se me despertaron esas ansias de hacer cosas como las que aquí se hacían y se siguen haciendo. Además, papá, que hay mucho de egoísmo en mí. Si bien lo miras, si profun-

dizas un poco en estas acciones, verás que soy la misma de antes: una viciosa del honesto placer y de la permitida diversión. ¡Por qué si vieras cómo se goza en estas andanzas de caridad! Créeme, si las gentes, las de arriba, las acaudaladas, supieran lo que se disfruta realizando obras de transcendencia social, con espíritu caritativo; si se dieran cuenta de que no hay divertimento, ni función de teatro, ni carrera de caballos, ni viajes, ni deportes, que agraden tanto como notar, por ejemplo, la transformación espiritual y el mejoramiento material de una multitud, al amparo de una creación de éstas; por afán de gozar, aunque no fuera más, se darían al bien, al bien activo y regenerador, dejando otros pasatiempos. Mira, esto mismo del Colegio de reeducación física es una buena prueba. Allí van desgraciados que perdieron miembros necesarios para trabajar, para ganarse el sustento diario. Tenemos ahora, por ejemplo, un obrero al que le faltan los dos brazos por cerca de los hombros; era empleado del ferrocarril, y en una maniobra, se los arrancó un tónder al chocar

contra una máquina. Pues bien, este muchacho, joven, vigoroso, trabajador, que no servía más que para pedir limosna y desesperarse mirando su desgracia, tiene ya dos brazos y dos manos artificiales, unidos a los muñones que le dejaron los cirujanos y enganchados a sus músculos; y de tal modo es perfecto el artilugio y fácil su manejo, que ya lima perfectamente y hace otras labores de taller. Será un buen mecánico, y será feliz; lo es ya, viendo conquistado lo que perdió. ¡No te digo nada de los cojos que perdieron sus piernas y andan con las artificiales tan perfectamente que no se les conoce el cambio! Todo esto llena el alma de placer y se es feliz con la dicha ajena; y hay además un aplauso callado y hondo de inestimable valía: el de nuestra conciencia.

El razonado hablar de Emilia, fué interrumpido por los gritos de dos angelillos que irrumpieron en la estancia, persiguiéndose alborotadamente. Ella, la nena rubia y rosada, de carnes transparentes, se acogió al seguro de su madre, pidiendo auxilio.

—Mamá, mamá; que Alfredín me corre...

El, enfurruñado, con los puñitos prietos, los labios fruncidos y la melena revuelta, mostraba la manera arbitraria y violenta del hombre en crisálida. La madre les calmó y les amistó a besos y caricias. Anunciaron la llegada de la esposa del Presidente del Consejo.

—Anda, anda—díjole éste a su hija—, no la hagas esperar; la pobre estará en el coche resignada a la tarea de hoy.

—Si disfruta tanto como yo.

—No lo creas. Te sigue porque la embelesas, porque no tiene albedrío; es una cosa aneja en tí, es tu sombra, es tu esclava; no he visto mujer que quiera más a su hija; y va contigo a lo bueno, como iría a lo malo, porque en tu madre, todo es madre.

—Papá, que la rebajas.

—¿Crees tú eso? Pues yo, por el contrario, juzgo que es el más levantado elogio que pueda escuchar una mujer. ¡Todo en ella es madre!

Emilia besó a su papá, dió un beso y un abrazo muy fuerte a su marido, y se fué dando tropezones, con los dos arraplezos de

hijos, engarabitados a sus piernas, diciéndoles ternuras y prometiéndoles juguetes a la vuelta. Los hombres tornaron a sus asientos, a la seriedad de sus pensamientos transcendentales.

—¿Y qué, estás satisfecho?—preguntó a su yerno el jefe del partido político de la Unión y Presidente del Gobierno de Su Majestad.

—Estoy rebosando satisfacción. Todas las clases sociales rivalizan en entusiasmo para que el homenaje a mi padre sea algo tan grande, que parezca más bien que el homenaje a un hombre, el homenaje a una raza de hombres escasa y por todo extremo valiosa.

—Sí, sí; tu padre es de esos hombres que regala Dios a las naciones que quiere favorecer.

—Los obreros están haciendo cosas portentosas, que me emocionan intensamente. Fijese usted, todas las minas de España suspenderán su trabajo, durante diez minutos, a las once de la mañana del 25 de junio. No son órdenes de los patronos, no; son acuerdos de

las distintas sociedades en que se agrupa el proletariado; blancos y negros, azules y rojos. En las obras públicas, en las construcciones particulares y en las fábricas, ocurrirá lo mismo, en honor al nombre de mi padre.

—¡Lo que habrá tenido que hacer el Duque para que así se arrebatan los trabajadores!

—Sí ha hecho, sí; puede asegurarse que con su dinero y dirección, se han construido y montado casi todas las escuelas de artes y oficios nacionales y muchas escuelas de primeras letras para obreros.

Lo mismo puede afirmarse de multitud de hospitales y asilos de niños y de ancianos. No exagero si digo, que en beneficio de los obreros españoles, ha gastado mi padre más de 2.0 millones de pesetas. Y sin partidismos, sin distingos, que procrean el odio. Para los obreros, para los proletarios, para los pobres nada más.

—Basta ver las pensiones que pagáis anualmente a viudas, impedidos y ancianos.

—Y a este tenor, la clase media; porque

lo mismo el ejército, que los ingenieros civiles, que los colegios de abogados y de médicos, tratan de sobrepujarse en este plan de engrandecer el nombre de un patricio ilustre.

—¿Y el clero? Yo no he visto nunca al episcopado, en una tan encendida tesitura, para apoyar el enlazamiento de un hombre, y sobre todo, de un contemporáneo. Y no es que sea de «los suyos», que siga sus ideas políticas o sociales; por eso es más de apreciar.

—Todos, todos. Ya vé usted la nobleza, con qué afán trabaja parece haber tomado este movimiento nacional, como dirigido a favor de uno de los suyos, y así lo estimula y acrecienta.

—No sé si sabrás, o por lo menos con todo detalle, lo que el Rey ha hecho y hace en este asunto. Ayer despaché con S. M. y hablamos de todo ello; me preguntó por todo con vivo interés, haciéndome relatarle cuanto se prepara y cuanto habrá de hacerse aún antes del gran día, y me pidió que su nombre augusto figurase al frente y delante de

todos, para honrar al eminente patriota. Hizo más; me dijo que oficialmente dirigiéramos a determinados países de la raza hispana, una invitación de nuestro Rey, para que se adhiriesen al magno homenaje.

¡Ah! ¿Eso dijo? ¡Dios, Dios! ¡Qué grande, qué inmensa veo la figura de mi padre! Con tener de ella una idea tan ingente, tan descomedida, de momento en momento, la realidad supera a lo imaginado.

—Así es, así; porque lo último que ha hecho, lo que ha dado motivo y pretexto a mi Gobierno, para acordar y promover en nombre de la nación el homenaje que se prepara, no posee fuerza bastante para provocar este alzamiento de gratitudes, respetos y cariños; es que España aprovecha esta ocasión para pagar una cuenta vieja y fabulosa que tiene a favor del Duque de Piedra.

—Sí, realmente; regalos como el que ahora hizo a España tiene hechos muchos, y mayores a través de su vida. Lo de hoy, lo de construir una escuadrilla de submarinos y regalárselos a la nación, no es nuevo en él. Recuérdese usted, por ejemplo, de los an-

ticipos que repetidamente hizo al Erario público cuando tenía algún compromiso de honor nacional y la banca cerraba su bolsa y el ahorro no acudía a las ventanillas de las emisiones de bonos.

—Sí, sí; es un cúmulo de méritos incontables.

—Y correrán los días y España recibirá de él nuevos favores.

—En fin, como yo entiendo que el pago de esta deuda honra tanto a España como al homenajeadó, hago cuanto está en mi mano para asegurar y engrandecer el éxito.

—¡Y en su mano está el Poder público!

—¡Qué ya es!

—Bueno, pues yo, que no sólo como hijo sino como español, y como descendiente de la raza ibera, adoro a mi padre, no descanso un minuto, ni desperdicio una ocasión, procurando que el 25 de Junio, sea un día glorioso, para el más esclarecido entre los millones de hombres que hablan el castellano.

EL movimiento nacional caluroso y enardecido para homenajear el día veinticinco del próximo mes de Junio al Duque de Piedra era dirigido y alentado por el Gobierno.

El patriciado del dinero, la poderosa aristocracia de los millones agitábase movida por la mano opulenta de don José Ferrer, alma y bolsillo de la mayor parte de los Bancos españoles y principal accionista del Banco del Estado. Su hijo Jorge Ferrer, ilustre financiero, hallábase casado con la hija mayor del Duque de Piedra.

Tenia éste además otra hija, que matrimonió con el célebre jurisconsulto Mr. Brissendu Bac, en la actualidad, ministro de Justicia en la vecina República Francesa y ello contribuyó a la adhesión entusiasta que aquel Gobierno hubo de prestar a la idea de ho-

menajear a un hombre «representativo de la raza latina».

Otros dos hijos del Duque de Piedra, habíanse casado recientemente. El uno, Jaime, con la Duquesita de Monte Albano, de la más rancia nobleza castellana, de la más palatina aristocracia española. El otro, Alfonso, con la más pequeña de las hijas de don Ignacio Enterría, el ferretero y minero más acaudalado de la península.

Y así por tales enlaces, la casa tan ensalzada del Duque de Piedra, formaba parte de lo más alto y escogido de la nación, en todos los órdenes; y de ello tomaban pie los numerosos familiares y afines para acogerse al consejo y dirección del Duque en aquellos asuntos y acontecimientos difíciles o trascendentales para cada consultante. Pues tal era la fama de prudente y talentudo, de acogedor y servicial que había conquistado en España entera.

Un solo hijo soltero quedábale en casa. Un mozo apuesto, de elevada estatura y ancha frente, con dulces ojos, donde la bondad mostraba su dominio; Fernando, que termi-

nados sus estudios de ingeniero industrial y especializado en la fabricación de aceros, regia ya dos poderosas fábricas, que alzaban sus chimeneas, en las proximidades de Portugalete. En estos momentos, andaba el mozo muy atareado con otras ocupaciones distintas de las suyas habituales y más gustosas que aquéllas. Porque era el caso, que decidida su boda con Virginia, la linda americana, frágil y blanca como una flor de naranjo, dulce y buena, inteligente y enamorada, quisieron todos los que les rodeaban, que su enlace tuviera lugar precisamente el día designado para el homenaje nacional al Duque de Piedra. Al amanecer de aquel día venturoso, el viejo prócer, recibiría la primera emoción deliciosa, con el casamiento de su hijo menor. El padre de Virginia, Embajador de la República del Plata cerca de la Corte de España, vió con gusto, que así se quisiera dar nuevo placer al Duque, y preparó con su hija, a todo correr, las mil y una cosas necesarias a tan radical cambio de vida.

Virginia y su madre, hallábanse en París.

Acompañábalas Fernando. De zoco en colodro, pasaban las horas en la gustosa tarea de comprar galas y menaje, adornos y chucherías, todo lo que había de constituir elegancia y comodidad en el nuevo nido. Cada objeto, cada prenda, era para los enamorados un pretexto de amor, sugería emociones tiernísimas y se embelesaban discurrendo sobre la felicidad que les esperaba.

—Hoy he recibido carta de papá—decía Fernando—con una grata noticia.

—Algún regalo nuevo. Tu padre tiene algo agujereada la mano para nosotros.

—Un regalo nuevo... ¡pero qué regalo! ¿Te acuerdas del palacio de Lizaguirri en Las Arenas?

—No recuerdo.

—Sí, mujer, el que está en un altozano de la derecha, frente al mar, cercado de jardines y con un parque amplio, que llega hasta la playa y se extiende cerca de quinientos metros a espaldas del hotel... Vamos, haz memoria. Tiene un pórtico de columnas de piedra blanca y sobre él una linda terracilla entoldada.

— ¡Ah! Sí, sí; que al pie del edificio hay un estanque enorme rodeado de tamarindos y bancos monísimos, estilo sevillano.

— Ese mismo. Pues... nada que le ha comprado y nos lo regala para que vivamos allí mientras nos parezca bien estar en Vizcaya.

— Bueno, es para que estés orgulloso de tener ese padre. ¡Cómo te quiere Fernando!

— ¡Cómo nos quiere a los dos, Virginia!

— Si es verdad; yo lo noto en su mirada, en su voz, y soy para él otra hija suya. Y bien sabe Dios que yo le quiero tanto como a mi padre. Es más, mi padre lo sabe y no tiene celos. Dice, que del amor al Duque no debe encelarse nadie, porque todos deben rivalizar en quererle.

— ¡Cuánto bien me haces hablando así, Virginia. Eres buena, eres hondamente buena!

— Soy enamorada nada más. Verdad que ello es ser buena. ¿Concibes tú que se posea maldad mientras se ama?

— El cariño es un aséptico para el mal; lo destruye.

Se miraban quietos, quietos, mucho tiem-

po, sin cesar, sin cansancio; los ojos verdes claros de esmeralda, que iluminaban la carita blanca de Virginia, se anegaban en la mirada quemadora y ardiente de los ojos negros de Fernando.

DON Valentín Barrientos del Pinzón, Duque de Piedra, con Grandeza de España, gran Cruz de Carlos III, más otros títulos y noblezas y otras raras y valiosas condecoraciones de diferentes reinos y repúblicas, era, en los presentes momentos, la figura más destacada de la nación española.

Entre cincuenta y sesenta años podían contársele; pero su cuerpo ancho, musculoso y ágil, de aventajada estatura, y su cabeza redonda, con cuello de romano, corto y robusto, y en fin, aquella cara ovalada, morena, limpia de pelos y arrugas, donde fulgía una mirada atrevida y valiente, y retozaba una eterna sonrisa de ironía bondadosa, colocábanle entre los que teniendo más de cincuenta años de edad, acusan bastante menos de treinta y cinco.

Su fortuna portentosa no le había levan-

tado tanto en el ánimo de las muchedumbres, como la pureza de su vida, toda entera de la patria y del necesitado.

Eran incontables sus obras sociales con enjundia de filantropía y trabazón financiera. La Patria contaba en él uno de sus más firmes sillares.

Pero había algo más extraño, más digno de que todas las manos se movieran en aplausos inacabables. Durante años y años, supo resistir las artes codiciosas y sabias de los políticos que le ofrecieron toda clase de puestos y honores. Jamás lograron de él que aceptase un acta de Diputado o de Senador, amañada o regalada; que fuese a un Ministerio o a la Presidencia del Gobierno, o a cualquiera de las embajadas de alto rango. Ni de este modo, ni de ningún otro; ni por actos, ni por discursos, ni con escritos, se sumó nunca, a los vaivenes de la política nacional, siempre en agitación perturbadora de la vida de España. Fuera de la política, más bien encima de la política, él era como otro Poder moderador, creado para el bien.

El título de Duque de Piedra, fué el galar-

dón con que premiaron su amor al pueblo, su entusiasmo por el ejército y su desprendimiento en favor de los que sufren, negociando y pagando cuanto fué preciso, para que las hordas rifeñas enemigas, devolvieran a sus hogares los prisioneros militares y civiles, logrados en una etapa de lucha.

En esto último había puesto su más fervoroso empeño. Él se había internado entre las bárbaras kábilas que vivían en rebelión; él puso cerco a la codicia del cabecilla insurgente, buscando a costa de los millones que atesoraba, la vida y la libertad de aquellos desgraciados jefes y oficiales y soldados; de aquellos pobres civiles, cantineros, mineros, abastecedores; de aquellas tristísimas mujeres de diversa edad, algunas jóvenes y lindas, que sufrían la pesadumbre de un cautiverio en poder de salvajes. Una vez, muchas veces, obtenido ya el triunfo, conquistado el ánimo de aquella fiera, había desdecido ésta de su convenio; y de nuevo tenía que trabajar y volver a internarse en los montes ásperos o desembarcar en las playas temerosas y desiertas del rebelde,

para buscarle en su guarida, deslumbrarle con el brillo del oro y recuperar a los que gemían en mazmorras. Fué una victoria resonante, la que por fin logró. Y hubo un día glorioso, para el bueno, para el millonario desprendido, en el que por toda España, esparcidos los rescatados que llegaron como esqueletos vivos a los brazos de sus familias, resonó en la nación, un grito unánime de reconocimiento, y el pueblo pidió galardones que aquel hombre había sabido ganar y el Estado debía concederle.

Entre otros premios con que se acudió a cubrir esta demanda de la opinión pública, tan llena de justicia, figuró la concesión del título de Duque de Piedra con Grandeza de España. El nombre del ducado fué elegido por el favorecido, y obedeció a lo que vamos a referir:

Hallábase casado con una dama virtuosa y bella, hija de una de las familias de más arraigado y noble abolengo de Aragón, enamorada de su marido en estos días, tanto como en aquellos otros tan dulces y remotos

ya, que presidieron la unión feliz y eterna de sus almas.

Habíanse éstos desarrollado en el breve paraíso del Monasterio de Piedra. Entre los bienes que poseían los padres de la nueva desposada, figuraban extensas tierras de pan llevar, en el término de Piedra, cerca de los viejos baños de Alhama de Aragón y el nombrado Monasterio con su maravilloso parque natural. Todo esto fué el regalo de boda que la hicieron sus progenitores y en ello recibió singular placer el afortunado esposo, enloquecido de amor, idólatra de su mujercita; porque disfrutando en aquel edén las dulzuras de su adoración, vióse feliz, hondamente feliz, durante largos meses que se le hubieron de antojar minutos.

En medio de la desnudez áspera y desoladora de aquellos terrenos aragoneses, surge de improviso, tal como los oasis del Sahara, sin preparación, sin gradaciones, la poderosa corriente de aguas limpias que se despeña por entre rocas que parecen de la serranía y no del llano, hasta honduras y precipicios que no se pudieron sospechar.

Aquellas cascadas como la «Cola de caballo», larga, fina, atronadora, que brota entre el espeso follaje de la cumbre y cae blanca, nivea, por la quebrada negra y profunda, guarnecida de paredes laterales, que se adelantan formando una a modo de capilla enorme, donde la albura de las aguas que se despeñan, simulan vestiduras immaculadas de una virgen ofrecida a la adoración de las humanas generaciones. Son aguas muy calizas que, en pocas horas, cuantos objetos mojan, los revisten de una costra calcárea resistente y brillante. Las entrañas de las barrancadas erízanse de caprichosas estalactitas y estalagmitas que las prestan bellos aspectos de museos de absurdas esculturas, de catedrales, de arcos aberrados y capillas desconcertantes. Grandes plantas acuáticas, que nacen en las paredes de las grutas, presentan sus hojas amplias, anchas y gruesas, recubiertas de cal; y es ello una flora pétreo que asombra y amedrenta.

¡Cuántos días de aquellos luminosos, de radiante dicha, los recién casados, descendieron por la frágil escalerilla que se hunde

en las entrañas bramadoras del abismo, en donde la cascada ruge; cuántas veces, sin más amparo que los débiles palos mal unidos que forman el pasamano de la escalera tallada en la roca, recubierta de caliza, por las aguas que la salpican y humedecen, llegaron al piso más hondo; y allí, entre la pared y el agua que se precipita; allí entre aquella rocosidad que asciende llena de monstruos de piedra y la blanca cola espaciada de la cascada, espléndido cortinaje de tal gruta nupcial, teniendo a sus pies el lago negro e hirviente, enlazaron sus brazos y juntaron sus labios, en un beso dulcísimo, inacabable, heraldo de una vida fecunda y próspera!

Todo el parque es una sucesión de cascadas distintas, bellísimas, inesperadas, que saltan al paso del visitante cuando menos sospechaba su aparición. Y luego, abajo, en el valle tranquilo, la tabla serena del río, inmóvil con el cobalto de aquel cielo purísimo, reflejado en sus espejos. Todos los sitios, todos los pasos, los abiertos y los recónditos, los iluminados y los penumbrosos, fue-

ron exaltados por los éxtasis largos, interminables de los nuevos esposos. Jamás se borró de su memoria aquella dicha, cuya intensidad pareció a veces más fuerte que su vida. Y por ello, cuando andando los años, España les ofreció el galardón de un título nobiliario y les permitió elegir el nombre con que se expresara, los dos viejecillos ya, se miraron y cada uno vió escrito en las cansadas pupilas del otro, el único título que podrían llevar con deleite. Así nació el Ducado de Piedra, recuerdo inextinguible de un amor santificado y perdurable.

IV

EN un fastuoso «treinta hispano», vestido con regia esplendidez, volaban hacia la frontera francesa, María Calatayud, Duquesa de Piedra, y el Embajador de la Argentina don Carlos Morrel y Bianza.

La duquesa, conservaba fresca y sin profundas arrugas, su cara siempre reidora con bondadosa expresión; su pelo era un alroso casco de plata bruñida; vestía con elegante sencillez. El señor Morrel, alto, grueso, de singular distinción, llevaba en todos sus modos, la manera discreta, insinuante y cautivadora, de los grandes diplomáticos. Era moreno, como un latino meridional, y fuerte como un muchacho, a pesar de sus cincuenta años cumplidos.

Corría veloz el coche y ansiaban sus ocupantes no perder el paso del rápido por Hendaya. Debían venir en él Virginia, su mamá

y Fernando, de regreso de su viaje a París, hecha la compra de cuanto creyeron preciso. La carretera que conduce de Bilbao a Francia, una de las más bellas de Europa, era surcada en contraria dirección por varios coches. La Duquesa y el Ministro, embarcados sus ojos por la belleza atrayente del paisaje, no hablaban, limitábanse a sentir. Por fin, minutos antes de la llegada del tren, esperaban ellos en el andén. Fuera, aguardaban dos coches; el Hispano que les había traído y el de Fernando, que acudía a recoger los viajeros de Francia.

Fué muy efusivo el encuentro; cada una de aquellas madres, llenas de la dicha que sus hijos efundían, miraban con gratitud y con amor, a sus respectivos hijos. Había amor en todos y para todos. La Duquesa fué agasajadísima por el matrimonio americano. Virginia y Fernando, sólo se veían a sí mismo, no tenían una clara noción de la coexistencia del mundo y sus múltiples criaturas.

Raudos los coches; volaron hacia la capital de Vizcaya, y muy pronto, el gran Hotel

de Inglaterra, acogía como huéspedes a los hijos de Buenos Aires.

El palacio del Duque de Piedra, mostraba singular animación aquellos días. La boda próxima, la última de la casa, la del niño mimado, había puesto agitaciones en todos los nervios y en todas las actividades. Por otra parte, el cercano homenaje nacional, mundial tal vez, y de todas maneras grandioso, repercutía sonoramente en el palacio. Tan sólo el Duque, abstraído, envuelto en el cúmulo ingente de sus negocios, no se apercibía de aquel ajetreo extraordinario. El pasaba sus horas largas, horas diurnas y nocturnas, entre números y documentos, entre planos o escrituras. El enjambre de apoderados, entre los que se diluían y llevaban los asuntos del Duque, despachaban con él a horas prefijadas; y no se escapaba un detalle a la mirada de águila del jefe; bastábale la rápida conversación y el examen febril de documentos, para saber a fondo, la marcha verdadera de cada asunto. Los demás ruidos del mundo no llegaban a él. Pero en cambio, no pasaba día sin hablar

con María, su buena compañera, de la boda próxima de Fernando. Era su apoderada en este ramo y también despachaba con ella. Y todo amor y todo generosidad, complaciase en excederse asimismo, con aquel hijo que fué su mimo tiernísimo y postrero.

Días después, la novia y sus padres marcharon a Madrid. Llevaban en el corazón la gratitud y la veneración más hondas, para la altísima figura del Duque de Piedra.

EL Director general de Policía, un prestigioso militar que había regido durante varios años al cuerpo de la Guardia Civil, recibió una atenta carta del «detective» argentino don Eriberto González Waston, pidiéndole audiencia para tratar muy largamente de un asunto muy reservado e importante. Acababa de llegar a Madrid y esperaba en el Palace Hotel las órdenes del Director. Esta carta iba acompañada de otras varias de presentación y recomendación de las autoridades porteñas. El general consultó su cuaderno de notas y ordenó al secretario que citara al señor Waston para las cuatro de la tarde del día siguiente en la Dirección de Seguridad. Era el último día de mayo; la primavera madrileña ponía rigores veraniegos en las calles atormentadas de la corte. A las cuatro en punto convenidas, se apeó

de un coche y entró en la Dirección General de Seguridad, un tipo severamente elegante, vestido con traje de *chaquet* de color ceniza, sombrero hongo de igual tono y zapatos negros de charol. Llevaba una abultada y rica cartera de piel de cocodrilo repleta de papeles, y en la otra mano, un junquillo muy fino de bambú. Era rubio, más bien rojo claro y la piel arrebolada de su rostro sanguíneo, parecía iluminarse con los destellos vívaces de los ojos azules, de mirar penetrante y magnetizador. Llegó; le esperaban. En este asunto, eran todos puntuales.

Tras de las presentaciones necesarias, el «detective», preguntó:

—¿Podremos disponer absolutamente de algunas horas sin que nos interrumpen?

—Tenemos tres horas enteramente nuestras—contestó el general.

—Bien; pues entonces me voy a permitir hacer a usted un relato minucioso de hechos viejos acaecidos en diferentes países, esperando que el final despierte tal interés en us-

ted que logre disculpar la pesadez de la historia preliminar.

Hallábanse los conversadores sentados en mullidos sillones de cuero, teniendo el «detective» ante sí una mesita donde esparcidos se extendían los papeles que sacó de su cartera. El señor Waston comenzó con voz reposada y acento americano la ofrecida relación:

—Hace próximamente medio siglo, llegó a la capital del Plata una familia española de emigrantes, salida de la más desolada zona de Castilla la Vieja. Componíase del padre, Antonio Rulpérez; la madre, Petra López, y un niño, como de unos seis años, llamado José.

Por la senda espinosa y ruda, que es el camino de la emigración en tierras de América, fueron estas tres personas ganando el pan difícilmente; a veces, peligrosamente. Dedicado el padre a trabajos de mecánico en fábricas y talleres, ocupaba la madre su tiempo en cuidar del hijo y de la casa.

Poco a poco los años transcurrieron y un día había cumplido José doce primaveras,

cuando sus padres creyeronle bastante adelantado en los estudios de primeras letras, dibujo y lenguas, y con robustez suficiente para comenzar a ganarse la vida.

El chico, en efecto, tenía un desarrollo envidiable, era vigoroso, lleno de salud y una prematura y honda arruga que partía su entrecejo, denunciaba la tozudez de su carácter entero.

Entró, pues, de aprendiz en una fábrica de motores y pronto llevó a su casa un suplemento de ingresos muy apreciable.

La desgracia les arrebató al padre, pasados algunos años, cuando el hijo contaba no más que diez y nueve, y al jornal de éste tuvo que atenerse la madre.

Llevaba el muchacho fama de trabajador; no era vicioso ni pendenciero, y todos sus amores concentrábanse en aquella viejecita que pendía de él y se miraba en sus ojos. Y así reforzó su trabajo atento a que nada la faltase, pues la última dolencia de su padre, había concluido con los escasos ahorrillos que poseían.

Pero es muy cierto, que una desgracia no

viene nunca sola, de igual suerte que las venturas suelen llegar en racimo. La fábrica en donde trabajaba José, suspendió pagos y cerró sus talleres; y por una puerta entraba la justicia, larga costosa, enmarañada, y por otra, salían los obreros desamparados y sin reservas con que defender la vida, hasta llegar a un nuevo jornal.

José tuvo poca fortuna, llamó a mil puertas, sin que ninguna le diera asilo. Promesas, muchas, pero realidades no. Fueron empeñando sus ropas, sus enseres; fueron poniéndose a ración insensiblemente, y la vieja, la pobre Petra, cedió a tan brutales golpes y sintió en sus entrañas la depauperación del hambre, y enfermó.

Un dolor lacerante taladró el cerebro del hijo y le entonteció como un martillazo. Háblele dicho el médico: «Esta enferma necesita con urgencia una alimentación abundante y sana, de otro modo no podrá resistir muchos días». Y José entrevió la muerte y se vió sólo en tierras extrañas y pensó con horror en la pena desgarradora de no poder volver a besar a su viejecita, y de sentir so-

bre su alma el recuerdo candente de haberla visto morir de hambre, y salió a la calle decidido a encontrar dinero.

Visitó a sus amigos; todos estaban como él; pidió trabajo, nadie lo tenía disponible; pidió limosna, ¿quién da limosna a un mocetón de diez y nueve años? Y muerto de fatiga vió acabarse el día, corriendo de una en otra por todas las calles de la capital. Insensible pasaron sobre él las horas de la noche; sentado en el quicio de un viejo hotel, no se dió cuenta del tiempo, ni siquiera del cansancio: sólo tenía atención para la figura de su madre, que la imaginación le presentaba dolorosamente, angustiosamente, ante los ojos.

De pronto, se fijó en una escena pintoresca que comenzaba a desarrollarse ante él: desde un portal próximo, un chorro de luz plateada salía en borbotones a la calle, rasgando las negruras de la noche. Era la entrada a un *cabaret* de moda. Dos figuras vacilantes aparecieron bajo el dintel. Un joven como de veinticinco años, vestido irreprochablemente de frac y una muchacha en traje de *soiree*, con el alabastro de los hombros al

aire y caído sobre la espalda un precioso gabán de cibelina. El hombre caminaba dando tropezones con la torpeza del borracho, ella le hostigaba furiosa demandando dinero, billetes. Así cruzaron ante José sin darse cuenta de que pudiera verles nadie. La calle desierta y silenciosa reposaba del ajetreo diurno.

—Eres un *chancho* roñoso—decía ella.

—Y vos—contestaba silabeando él—una indecente.

—Necesito plata, Aristides, vos sabéis que lo tengo merecido. Sólo a vos he amado y por vos perdí ocasiones magnificas.

—Y fué así—contestaba el beodo—, eres una *sonsa*, una *atorranta* no más. Y vas a dejarme, pero ahora mismo, si no quieres que te señale.

Se revolvió ella furiosa como una gata herida. Le agarró de un brazo y metió una mano ágil por las interioridades del bolsillo del chaleco blanco, arrugado y manchado de vino. El borracho barbotó una palabrota; su mano derecha surgió armada de una llave inglesa nudosa y traidora; dió a la mujer

un golpe brutal, se oyó un grito desgarrado, y cuatro puntos rojos marcaron en el hombro de la hermosa, la huella del arma.

José alzóse bravo de su asiento de piedra. Ella corrió llorando a refugiarse en el *cabaret*. El borracho cotinuó su paseo, diciendo a grandes voces:

—A ver, ¿donde hay un coche? Sereno, cochino, eres un *amarrete*. ¿Dónde estás? ¿No me traes un *auto*? Como no me traigas un *auto*, te señalo.

El contraste entre su miseria dolorosa, que era la muerte de su viejecilla, y el vicio derrochador de aquel señorito que se alejaba dando traspiés, abrió en el alma del obrero una brecha de rebelión, de ira. De pronto, una idea súbita le atravesó el cerebro con la luz cárdena de los relámpagos de tormenta. Aquel dilapidador llevaba dinero, tal vez mucho dinero, que hoy o mañana, iría desde sus manos enjoyadas, a las de cualquier pérdida. Saltó ágil con botes de panteira, se puso ante el señorito y le intimó roncamente:

—Venga la cartera; en seguida...

—¿Eh?—contestó el agredido—. La cartera? Tómala—y le lanzó a la frente un puñetazo con la llave inglesa.

Vaciló José sobre sus pies, aturdido por el dolor vivísimo del golpe, metió la mano en su chaquetón, abrió una faca de hoja ancha y se la clavó al señorito en un costado. No pudo éste ni gritar, un caño de sangre se le escapaba del cuerpo, un ronquido de agonía resonaba en su garganta a ras del suelo. Todo esto transcurrió en un segundo. José rebuscó en los bolsillos del moribundo. Extrajo de ellos una cartera repleta de billetes y huyó veloz en dirección a su casa. Cuando llegó a ella, su vieja ardía en fiebre; la despertó, la reaccionó, y entregándola un fajo de billetes la susurró al oído:

—Con este dinero, compre cosas buenas y medicinas caras, y cuídese bien. Es preciso que se ponga buena, ¿sabe, madre? Yo me voy fuera unos días, ya le escribiré, ya vendré por aquí; pero usted cuídese y no tenga cuidado por su hijo, que ya volverá pronto. Adiós, madre. Adiós.

Y se la comía a besos en la carita ardoro-

sa y arrugada, donde los ojos inconscientes se esforzaban en ver y no lograban llevar al cerebro enfebrecido, una clara noción de realidad.

Desde las primeras horas del día siguiente, toda la policía de la República se puso en movimiento tras de la pista del asesino; pero a éste habíasele tragado el infierno, pues ni señales de su paso se hallaron en parte alguna.

—¿Y la madre?—inquirió el general, arrancándose a la pesadilla de su silencio.

—A la madre la quitó el dinero la policía, pues pronto se supo que el matador había sido José. El sereno de su calle dió noticias suficientes para la sospecha fundada. Dos agentes subieron al cuartucho interior de la enferma, que en su delirio calenturiento, nada pudo decir ni comprender, vieron los billetes y comprobaron después el origen de los mismos.

—¿Pero la enferma, la enferma?

—La enferma murió a los pocos días.

—¿De inanición?

—¡De hambre!

VI

UN pobre degenerado era el muerto, hundido en todos los vicios, pero pertenecía a una ilustre casa de las más empingorotadas de Buenos Aires. Su padre fué fundador de diversos Bancos de próspera vida y su único hermano, aunque joven entonces, dejaba entrever el brillante porvenir que le tenía reservado el destino. En efecto, ha sido durante mucho tiempo Director del Banco de la Nación y hoy es el Ministro de Hacienda de mi patria. Por todo lo que esto deja adivinar, la población se interesó vivamente en el crimen, la Prensa hizo de él su nota de actualidad y la policía desplegó un trabajo extraordinario y sumó a sus investigaciones las de otras organizaciones policiacas del extranjero.

Pero todo fué en vano; pasaron días y días, la tensión nerviosa de la muchedumbre

fué sosegándose poco a poco, y de la memoria de las gentes se borró el tremendo crimen, sin resultado apreciable en la obra de descubrimiento del culpable.

Entonces, convencida la familia de Aristides del fracaso definitivo de la policía oficial, me llamó a mí que había comenzado mis trabajos de «detective», y me confió este asunto, dándome carta abierta para gastos y tiempo ilimitado para gestiones.

* * *

El «detective» señor Waston, descansó un momento y pidió el favor de que le sirvieran un poquito de agua.

—Verá usted—contestó el Director de Seguridad—atendiendo al calorazo que hace hoy, he mandado que nos enfrien una botella de Pomery. ¿Quiere usted que nos la traigan?

—¡Ah! Muy agradecido, señor; me gustará su *friura*.

El general dió las órdenes, y poco después, las espumas del vino loco y dorado,

saltaban incitadoras en las copas de Bohemia. El argentino refrescaba y descansaba. El español repetía quedo:

—Es interesante... es interesante.

Reanudóse la conversación. El señor Was-ton dijo:

—Para no cortar el hilo de la historia, voy a relatar qué hizo y por dónde anduvo desde el primer momento el asesino José Ruipérez, si bien yo tardé en saberlo cuatro años.

El robo había sido importante, el muerto llevaba varios miles de pesos en la cartera. José alquiló un *auto*, y con la velocidad que es de presumir, se alejó de Buenos Aires y se internó en las estribaciones de los Andes. Despidió el coche y desapareció. Era recio y poderoso el muchacho, tenía piernas de acero y pulmones de fragua, y así pudo hundirse en aquella cordillera, la más levantada del mundo después del Himalaya. Y fué corriendo de meseta en meseta, hasta llegar a la choza de madera de un ganadero que apacentaba sus reses en una de aquellas punas grises cubiertas de hierba y arbustos, y en

las que el agua se seca, dejando una mancha de salitre.

Compró al hombre un rifle, una canana de cartuchos y un buen caballo, casi salvaje; y a lomos de aquel animal inteligente y bravo, salvó la inmensidad de las cadenas andinas, unidas por nudos montañosos y separadas por feracísimos valles longitudinales.

En el transcurso pasó hambre y pasó fríos y calores intensos. En aquellos puertos, a más de cuatro mil metros sobre el mar, donde no hay combustible para encender fuego, donde al mediodía sube el calor hasta los 38 grados y por la noche desciende el frío hasta 16 grados bajo cero y se sufre el «mal de montaña» con hemorragias nasales, vértigos y tremendos dolores de cabeza, padeció los rigores de un clima cruel y se salvó de ellos merced a su naturaleza de bronce y a su voluntad inquebrantable.

Al fin vino a caer hacia el Sur, sobre las tierras patagónicas, frías y salitrosas, después de haber atravesado las sábanas de Chaco. Buscó entonces las poblaciones diseminadas por aquel desierto apenas salpica-

do de plantas leñosas y espinosas, y recaló por último en una estancia ganadera situada a la orilla del río Negro.

Ajustóse en ella de guarda, por el jornal corriente y comenzó una vida nueva.

Llamábase el estanciero Giuseppe Bianchini, era de origen italiano, tenía treinta años y un fuerte caudal, conseguido a fuerza de trabajos violentos y arriesgados durante dos lustros que llevaba criando carne en la llanura patagónica. La estancia componíase de varios pequeños edificios de adobe con techumbre de zinc, para los criados y para cuadras, y una casita algo mejor, de madera, con algunas comodidades, que en aquellas latitudes eran de lujo y algunos adornos, que eran riqueza.

Bianchini poseía en torno de estos casuchos, más de cien hectáreas de terreno, de las cuales, más de veinte regábanse por un canalillo abiarito hasta el río Negro, al que comenzaba a sangrar allí donde la depresión de las orillas lo permitía. En el terreno regable, la alfalfa alimentaba y cebaba hermo-

sos novillos que enriquecieron rápidamente al italiano.

Tenía éste que luchar con fuerzas poderosas enemigas, así del clima como de las gentes; y lo que más guerra le daba, era el merodeo de los patagones, de talla colosal y de los caribes indios hábiles, sagaces y valientes, que le robaban el ganado, llevándolo a través de los Andes para venderle en las poblaciones chilenas.

Y fué en este comprometido empeño, donde José desplegó tal valentía, tal serenidad y tal resistencia, que a los pocos meses de llegar el nuevo guarda, los ladrones de ganado huían de la hacienda de Bianchini y dedicaban sus preferencias a otras menos defendidas.

Giusepe estaba encantado. Por primera vez desde que llegó a la Patagonia, podía permitirse la voluptuosidad del descanso descuidado y reparador. Por primera vez, veía que ni una sola res le faltaba en cada recuento mensual.

Pronto fueron amigos íntimos el amo y el criado; pronto en la casa de madera hubo

un cuarto elegante y una cama ancha con buen colchón de lana y pintadas pieles de puma, para José el jefe de guardas; pronto la mestiza de labios de morcilla y muslos de tronco de árbol, que cuidaba hacía años ya al estanciero, tuvo que pedir la ayuda de una mulata para atender a dos amos en lugar de uno.

José había establecido el sistema de confianzas a precio de varios tarros de *whisky*. Cuando iban a robar los caribes, sabíalo por un patagón, cuando se preparaba una expedición de patagones, se lo comunicaba un caribe.

Una noche, entró «Cuerno Blanco» en la caseta de madera, recatadamente, medrosamente. Llamó ocultándose en las sombras, y cuando estuvo dentro, ante los dos estancieros, díjole a José:

—Mañana viene a robarte el «Sol de Patagonia».

—¿A qué hora?

—Con la luna. Trae veinte hombres.

—Está bien. Gracias.

José sacó una copa del fondo de la alacena, la llenó de *whisky* y se la alargó al indio.

—No—dijo éste—. ¡Aguardiente! Para la tribu *whisky*, yo prefiero aguardiente.

José le dió una botella de aguardiente de orujo diciéndole:

—Toma para el camino. Y ahora, el cajón de botellas de *whisky* para tu «telera».

—Eres grande, muchacho—gritó Giuseppe, así que hubieron quedado solos—. ¿Cómo no se me ocurría a mí esto en tantos años? ¿Por qué no te habré conocido antes?

Durante la noche siguiente, todas las entradas de la finca tenían guardas ocultos y bien armados. Una nube de plomo recibió a los patagones, tirando de sus potros a seis jinetes malheridos. «El Sol» en el paroxismo de la ira, lanzó el caballo salvaje hacia un matorral, donde habían brillado las lucecillas de los pistoletazos, y toda la corpulencia y toda la ferocidad del jefe indio, se enfrentaron con Bianchini, que no tuvo tiempo de ocultarse o defenderse. Claváronse en él los ojos sanguinolentos del patagón y alzó su «macana», rugiendo como un tigre, pero

no llegó a descargar el golpe mortal. José le había clavado hasta el mango el cuchillo de monte, entre las dos últimas costillas.

Cuando de vuelta a la casa de madera, tomaban el mate sorbiendo con el tubo de plata, el hirviente y aromático líquido que llenaba la calabacita, decía el estanciero a José:

Ahora, además de deberte mis reses y mi plata, te debo la vida. ¡Ya me vas siendo buena cuenta!

José callaba, José no hablaba nunca más de lo preciso, vivía una vida espiritual interna y solitaria. Su amo, su amigo más bien, habíale contado cien veces su vida errante de huérfano pobre, carne podrida de emigración, sin nadie en el mundo a quien querer, que rodando, rodando, llegó a estas orillas y echó raíces, José nunca dijo nada de sí, ni de los suyos. Blanchini respetó su misterio, hecho a ver misterios todos los días.

VII

SORBO a sorbo, la botella de Pommery se había vaciado. El calor apretaba como en agosto. Madrid tiene siempre ocho días de mayo como ocho días caniculares para regalo de los que le abandonan luego amedrentados por su sol de hornera.

—Tomaremos naranjada —dijo el general.

—¿Le gusta?

—Sí, sí; todo lo que sea refrescar y humedecer la boca.

Continuó el relato:

—A unos dos kilómetros de la estancia de Bianchini, se hallaba el poblado de Sabanilla. Unas casas, más bien unas chozas cubiertas con zinc o ramaje, gateaban formando anchísimas calles y se agrupaban en torno del «boliche del Fueguino». El Fueguino era uno de esos hombres de quienes no puede decirse a qué raza pertenecen, ni

donde han nacido, ni en que hemisferio vivieron. Hablaba muchos idiomas y dialectos, tenía su cara medio tatuada, medio plisada, a fuerza de cicatrices, y el cuerpo ancho y bajo, podía sostener sobre los hombros un paredón. Llegó con mucha plata de la Tierra del Fuego, y montó en la plaza central de Sabanilla, su comercio, mitad taberna, mitad almacén, mitad círculo de recreo, con sus juegos de azar, con sus tertulias fijas, con sus estancias para que los tratantes forasteros comerciaran. Ante el mostrador se alineaban y en torno de la mesa departían aquellos hombres misteriosos venidos de las cinco partes del mundo, todos con una tragedia en el alma, todos deshechos y rotos, como residuos de naufragios terribles, de hecatombes violentas.

Murmurábase de aquel viejo sucio y desdentado, que había sido Archiduque de Austria, decía en voz baja, que un apuesto mancebo, tildado de ladrón de caballos, fué secretario de Embajada en una popular metrópoli americana. Y de otro se aseguraba que tuvo casa de Banca, y del de más allá,

que era un coronel de ingenieros; señalábanse hasta príncipes de sangre real. Lo cierto era que los que allí estaban, sólo allí podían estar impunemente.

La autoridad vinculada en un Comisario, que para las muchas leguas del perímetro de su jurisdicción, contaba con media docena de hombres, mitad guardias, mitad policías; la autoridad representada en la personalidad del Comisario, por un anciano sin hábitos de resistencia, ni aún de trabajo, al que agasajaron sus amigos con este cargo para que pudiera comer de algún modo, no era autoridad. Ni había que contar con la vigilancia o instigación de los superiores del Comisario, ya que por encima de él hallábase tan sólo el Gobernador, que residía a más de treinta leguas de Sabanilla, a orillas del Atlántico.

De tal suerte, la vida y la propiedad, había que defenderlas con el revólver y el cuchillo, y cada uno era custodio de sí mismo. Por eso llevaban todos sus magníficos cintos de cuero con alamares y arabescos formados de moneditas de plata, y pendientes

de él, las fundas labradas del revólver y del puñal.

Las reyertas eran frecuentes y sangrientas, temíase sobre todo a los «rotos», es decir, a los chilenos, suaves, armoniosos, dulcísimos, que sin abandonar la frase linda y el tono musical y tranquilo, hundían su faca de mango enjoyado, en las entrañas del enemigo.

La única diversión apetecida en aquellas llanuras destempladas, eran las carreras de caballos, que de cuando en cuando, se verificaban en los diferentes poblados, merced a los premios que solían establecer los dueños de «boliches» o los estancieros ricos. A ellas concurrían desde lejanos confines, los gauchos caballistas extraordinarios, verdaderos centauros de la época, los ladrones de caballos, algunos indios atrevidos que montaban potros sin domar y los jóvenes estancieros de las cercanías.

En aquella fiesta se comía y se bebía sin tino y se mataba sin escrúpulo saldando los congregados viejas cuentas de sangre, u odios de amor y de riquezas,

Una de estas carreras se celebraba entonces en Sabanilla. El «boliche» del Fueguino ardía en cantos y en insultos, en riñas y carcajadas. Los «rotos» cantaban y bailaban sin cesar la «cueca» chilena y acariciaban al menor contratiempo los mangos de sus armas cortas. Gentes venidas de muy lejos charlaban de todo en torno del alcohol, sentadas sobre cráneos de caballo, que suplían la ausencia de sillas. Las pumas disecadas rellenas de hierba seca que adornaban el «boliche» rodaron a puntapiés por medio de la calle. La carrera iba a comenzar dentro de una hora. Se discutía y se apostaba.

En un grupo que bebía aguardiente de España, Blanchini y José, con otros estancieros, hablaban de los corredores. Los chilenos tenían en su corro una de las pumas disecadas; los chilenos que odiaban a los ricos de las estancias, lanzaron el monigote contra el grupo en donde se hallaba Giuseppe y sobre éste cayó el animal, mientras un coro de carcajadas burlonas coreaba el susto, Blanchini insultó a los «rotos» y tres de ellos con almiaradas frases en la boca, con

fuego de muerte en los ojos y la hoja de los cuchillos entre las manos, fuéronse hacia él y le acorralaron contra un tablique. Las gentes, acostumbradas a estas peleas, seguían sus charlas o sus juegos; Bianchini con el revólver en la mano apuntaba cuando a uno, cuando a otro de los atacantes. El corro de estancieros se había disuelto. Los chilenos, encorvados y anhelantes avanzaban lentamente, inapreciablemente, como avanza el puma entre los jarales. Ya estaban a distancia de salto. Desde luego, uno de los «rotos» contra quien primero disparase Bianchini, caería muerto en el acto, pero los otros dos clavarían sus aceros en el pecho del italiano. De pronto, notó éste que por la pared en donde se apoyaba corríase hacia él otro cuerpo, que poco a poco avanzó colocándose de escudo; era José; empuñaba su enorme faca en la derecha y colgaba el poncho defensor en su brazo izquierdo. Con tal refuerzo al lado, Giusepe no dudó ya. Disparó y un chileno cayó con el cráneo despedazado; José clavó su arma en otro enemigo que a su vez le rajó el brazo desde el hom-

bro al codo, pero el tercero dió una tremenda puñalada en el pecho a Bianchini, que rodó como un tronco. Y surgieron por puertas y ventanas gentes y cascos de botellas y silletes y ruido y escándalo; y culminando todo el alboroto, surgió el Fueguino que agarró los cuerpos muertos y heridos y los sacó al medio de la calle gritando:

—Vosotros a beber, a éstos que los entierren.

José cogió a su amo, vendó como pudo la herida, trajo su caballo, y subiéndole al arzón delantero, fuése con el herido triste y chorreando sangre del brazo izquierdo hasta la casa de madera de su estancia.

La formidable naturaleza de Bianchini, sostuvo la vida durante ocho días en aquel cuerpo atravesado por un puñal de enormes dimensiones; pero la fiebre no le abandonó un instante, y poco a poco, la muerte llegó inexorable y cruel.

Antes de morir, Giusepe Bianchini premió la adhesión y el cariño de José, dejándole en propiedad la estancia con cuanto en ella había.

Pero el suceso tuvo bastante resonancia para que traspusiera los límites de Sabanilla. Los que allá se congregaban, al desparramarse después de la fiesta, llevaron la noticia de aquella riña a multitud de sitios más o menos remotos, y de este modo llegó hasta mí el detalle esclarecido que yo necesitaba, para sospechar con fundamento del paradero del asesino José.

Preparé mis cosas en Buenos Aires, arreglé mis papeles y me fui a Patagonia. Requerí la ayuda del gobernador y llegamos a Sabanilla unos quince días después de este suceso. El comisario y sus seis hombres pusieron a nuestro servicio, y bien pronto un gesto de asombro animó las caras de aquellas gentes, y un soplo de miedo corrió por aquellas conciencias intranquilizándolas, pues todas podían pensar que en seguimiento suyo llegaban el gobernador, el comisario y aquel señor forastero, que trascendía a cosas de justicia.

El comisario era el primer intrigado y torturado por la curiosidad. ¿Qué traeríamos entre manos? ¿Qué iba a suceder allí? Des-

de luego, él perdería su destino. Aquello no podía menos de ser que por algún crimen que él no supo descubrir y castigar, y habían tenido que venir de la capital a suplir su torpeza.

El gobernador le enteró de nuestros planes. Había que sorprender a José, el que vivía con el estanciero Blanchini...

—Pero si Blanchini murió—dijo el comisario.

—Ya, ya—contestamos—; pero José es el heredero del italiano y en su estancia vive.

—¡Quí!—agregó el viejo—; José vendió la herencia dos días después de dar tierra a su amo, y con los billetes en el pecho, desapareció.

—¿Qué?—grité levantándome de un salto—. ¿Qué ha huído?—Tenía cogido por las solapas de la americana al comisario y le zamarreaba sin piedad.

—Sí, señor, sí—contestó turbado, desasiéndose de mis puños—. Vendió la estancia, los ganados, todo. Se lo compró

el «gallego» Alzugaray en buenos billetes, y aquella misma noche, sólo y sobre un buen caballo, se alejó sin que se sepa a dónde ni por dónde.

Caí en el asiento desesperado y rabioso. Era listo el mozo, tenía talento, no cabe duda. El columbró que la riña daría ruido, y que este ruido llegaría, con su nombre metido en él hasta Buenos Aires, donde yo estaba; que ya de tiempos atrás tenía él noticia de mi encargo; y si yo espiaba sus pasos, he sabido después que José procuró en todo momento conocer por dónde iban los míos.

Me costó trabajo serenarme, y padecí un violento pesar, cuando una hora después escuché de boca de Alzugaray, el comprador de la estancia, la confirmación de lo que el comisario nos dijera.

—Y les advierto—nos decía el «gallego», es decir, el español—que lleva encima más de cuarenta mil pesos.

—Pues ya es valiente—murmuré yo—

para atreverse a ir sólo por estas tierras, llevando encima un capital.

El Director General de Seguridad ofreció al «detective» un vaso de limonada, mientras comentaba:

—Sí, sí, listo y valiente; ya se vé.

VIII

EL señor González Waston continuó:
—Un indio araucano, jefe de una tribu que hacía vida nómada, por entre las crestas y vallejitos de los Andes, llegó a la casa de madera que José habitaba en su estancia. Eran las dos de la mañana. A una señal convenida, José le abrió la puerta de la calle, y de pie, sobre el quicio, tuvieron esta conversación:

—Está preparado lo que deseas—dijo el araucano.

—¿De qué es la mina?

—De plata.

—¿Tiene dueño?

—No la conoce nadie más que mi tribu. A más de doce leguas de Potosí, sierra arriba, se esconde entre picachos y barrancadas.

—¿Y te consta que es plata?

—Te traigo unos pedazos.

—Bien, es igual. Iré contigo. ¿Puedes venir mañana a estas horas?

—Vendré; si nos hemos entendido antes.

—Habla.

—Queremos diez mil pesos por la mina.

—Si lo vale te los daré—y uniendo al valor la prudencia, agregó:—Tengo en el Banco de Potosí bastante más dinero—. Si había ambiciones criminales en los indios, ya sabían que los fondos estaban en un Banco.

Al día siguiente se firmó y cobró la venta convenida ya, entre José y Alzugaray. Aquella noche, a las tres, el indio y el estanciero abandonaban las tierras patagónicas, dirigiéndose a la soberbia cordillera de los Andes.

Días después, llegaban al sitio de donde los indios habían extraído las muestras de mineral. Era una desgarradura de la roca cuarzosa, efectuada, tal vez, por alguna descarga eléctrica; y mostraba un ancho filón de plomo argentífero, formado por hilos paralelos, que en pronunciado declive hundíase en la peña. Agradó a José el as-

pecto de la mina y se dispuso a marchar a Potosí, diciendo a los indios que iba a sacar dinero. En realidad, llevábale a la gran urbe andina, el deseo de buscar a un joven compatriota suyo a quien hubo de tratar en Buenos Aires, muchacho muy práctico y aficionado a la minería, que a impulsos de su vocación, había dejado la capital del Plata y trasladándose a las rocosidades volcánicas de los Andes.

No pasó una semana sin que José y su compañero se hallasen frente a la manifestación argentífera comprada. El examen dejó al técnico de tal modo enamorado de la riqueza adquirida, que José llamó a los araucanos y les pagó los diez mil pesos, quedando los indios tan agradecidos, que espontáneamente ofreciéronse a ser centinelas y guardadores de sus nuevos amigos.

Socios eran ya los dos paisanos y con la documentación de su mina en regla, dedicáronse a procurar una afloración cubicable de la misma; ya que una vez lograda, había varias casas en Quito, o en Potosí, de las que se dedican a las explotaciones mineras, que

pagarían bien la de los dos españoles. En cambio, para éstos era de gran dificultad explotar directamente el negocio de arranque y conducción del mineral.

Trajeron obreros, herramientas, dinamita, carretas, todo lo necesario. Abrieron tres galerías que entre distintas altitudes cortaban el monte y paraban ante el filón que tuvieron la suerte de tropezar al final de ellas. Después, perforaron la montaña con un pozo que seguía la calda del mineral hacia al centro de la tierra y así púdose calcular fácilmente la suma de toneladas que podrían arrancarse en plena explotación.

Poco tiempo después, una fuerte compañía inglesa cerraba trato con ellos, comprándoles la mina en un millón de pesos. De poca utilidad fueron para el socio de José, que enfermo de tuberculosis, habíase agravado de tal modo en los trabajos de afloración, que hubo de llevarle su compañero a un hospital de Potosí.

La desgracia y la situación anómala de ambos, habíales unido de tal suerte, que más que socios y amigos, eran hermanos. Inúti-

les fueron todos los remedios de la ciencia llevados por José hasta la mina a costa de un río de oro; las cavernas microbianas aumentaban cada día en aquellos pulmones cascosos; las hemoptisis se repetían frecuentemente, cada vez más caudalosas y amedrentadoras, no hubo, pues, más remedio que llevarle a la ciudad. Los indios que habían cogido afecto al jipato, hicieron una de sus famosas angarillas de juncos y ramas de árbol, tan cómodas como las de lona, con suspensión de acero, y en brazos de aquellos hombres bronceados y fuertes, fué el pobre minero a Potosí.

Funcionaba allí un buen hospital asistido por religiosas y a cargo de un grupo de médicos y cirujanos muy acreditados, y regía el Instituto un anciano doctor en medicina, de gran prestigio en la región. Antes de llegar al edificio referido, el enfermo pidió que le tuvieran primero unas horas en la fonda que él utilizó constantemente cuando estuvo en aquella urbe andina; y para contrarrestar la oposición de José, que a todo trance quería ganar tiempo y ver si aun podía la ciencia de

los más sabios, salvar a su amigo, díjole de manera rotunda: «Es por tí, José, necesito ir allá por tí». Una vez en la cama de la fonda, despidieron a los indios, gratificándoles generosamente y quedaron a solas los dos socios.

—Me resta poca vida—dijo el tísico—y quiero aprovecharla en beneficio tuyo.

—¿Mío?

—Tuyo, sí. Aunque has tenido empeño en ocultarme tu pasado, aunque nada me has dicho de lo que te ocurrió desde que nos vimos por última vez en Buenos Aires, hasta que nos volvimos a encontrar en Potosí, yo he sabido todo ello con los más minuciosos detalles. Lorenzo, tu compañero de taller, paisano nuestro y otros españoles que han pasado por aquí, o me escribieron desde allá contáronme todo lo que ha sucedido.

José ocultaba su frente entre las manos poderosas. No lloraba, gemía con ronquidos medrosos, con estertores imponentes, El tuberculoso continuó:

—Sé también cómo te persiguen y los premios que han ofrecido por tu captura,

y creo que ha llegado el momento de salvarte por mi conducto.

—Cada vez me pesa más la vida—contestó José—, me presentaré a las autoridades, pondré mi cuello en manos del verdugo.

—Harías un disparate—agregó el enfermo animando a su amigo—, tú tienes dotes inestimables que harán de ti un hombre cumbre; tu carácter de hierro, tu inteligencia de luz, tu imaginación de fuego, hasta tu constitución física hercúlea y resistente, son bases de un seguro engrandecimiento que llegará para ti, si no haces tonterías. Ahora bien, como tus enemigos son tenaces y altos, hay que despistarlos.

Se cansaba, tosía, espumarajeaba sangre. Comprendió que era preciso abreviar.

—En resumen, ahora me llevas al hospital y allí te vas a quedar asistiéndome; pero antes, coge de mi maleta todos los documentos que acreditan mi personalidad, tómalos para ti y dame todos los papeles en donde consten los detalles de tu personalidad. Yo muero, querido José; yo muero en seguida, no hay remedio, y entonces, en el

registro del hospital, y en los partes facultativos, y en las notas a las autoridades, figurará que ha muerto José Ruiperez López, procedente de Río Negro y de Buenos Aires antes; tal vez esto haga cesar en su empeño a tus perseguidores.

—¡Qué triste es la muerte moral!—murmuró José.

—Déjate de historias, hombre; más triste es la horca. Anda, y avisa a un notario; el enfermo José va a hacer testamento a tu favor, será un elemento más de confusión para tus enemigos.

En efecto, testó a favor de su nombre verdadero, acreditando con los documentos que su amigo habíale entregado, que quien testaba era José.

Después, llevóle al hospital, y el director registró con la documentación falsa la entrada del paciente. Aún duró éste varios días sin que, durante ellos, se separara de su cama el amigo, el hermano más bien, que ya se hacía llamar por todos con el nombre adoptado y cambiado. Por último, en un amanecer nubarrroso y tristón, expiró el en-

fermo entre los brazos de su socio y heredero. Con esplendidez, con prodigalidad, atendió éste a las exequias y enterramiento del fallecido, llorando su desaparición con infinita pena.

Y así fué, como poco tiempo después, supe yo por mis confidentes, que José Ruipérez, español, huído de Buenos Aires, refugiado en la Patagonia y explotador en los Andes, de una mina de plata, había fallecido en Potosí, existiendo toda la documentación del difunto en el hospital de aquella población.

No he de contar por qué medios y en qué tiempo, fui sabiendo todo lo acontecido; lo interesante es historiarlo con rigurosa exactitud. Una exploración pacienzuda y bien pagada entre los indios, me ayudó a llegar a la verdad. Poco después, el asesino tomaba en Valparaíso pasaje para Europa. Desembarcaba en Inglaterra; atravesaba luego Francia y por último llegaba a Bilbao en donde fincó. Ya no se hacía llamar José Ruipérez, ahora se mostraba a través de la documentación de su pobre paisano muerto en los Andes.

En la hermosa y agitada ciudad del Cantábrico, empezó el emigrante negocios de transportes marítimos y compró una flotilla de cabotaje, primero; más tarde, barcos de gran calado; y por último, una gran escuadra mercante intercontinental. A la par, adquiría minas, ferrocarriles, altos hornos y multitud de riquezas que llegaron a él fáciles; porque el millón de pesos que trajera, puesto al servicio de su inteligencia despierta y su voluntad tenacísima, tenían forzosamente que triunfar en España. Aquí se casó, aquí se encumbró y aquí vive.

—¿Qué vive aquí?—preguntó inquieto el Director de Seguridad.

—Aquí, en Madrid, si señor —replicó Waston.

—¿Y cómo se llama?

—Lleva el nombre de su antiguo socio, ya lo he dicho.

—¿Pero cómo se llamaba su socio?

El «detective» recogió poco a poco sus papeles, los metió en la cartera, se retrepó

en su butaca y dijo espaciosamente:

—Valentín Barrientos del Pinzón.

—¡Miente usted!—rugió el general, agresivo y furioso, puesto en pie ante el americano—. ¡Miente usted! Don Valentín Barrientos del Pinzón es el excelentísimo señor Duque de Piedra, y usted..., usted, señor Waston, es un impostor.

El «detective» sonreía pálido. Se levantó pando y tranquilo, huyendo de la mirada desafiadora de su interlocutor, y alargando a éste la repleta cartera de piel de cocodrilo, dijo:

—No me ofendo por sus frases, mi general; casi podría añadir que las esperaba. ¡Es tan inesperado el desenlace! Pero la verdad es la verdad, como la ley es la ley, y así, yo soy yo. Vea usted ahí despacio y a solas, toda la documentación que prueba hecho por hecho, cuantos hube de referirle. Ahí tiene usted fotografías del asesino José en distintas épocas, confróntelas entre sí y confróntelas con el rostro del Duque de Piedra. Y en fin, en éste podrá usted hallar a poca maña que se dé, una cicatriz tremenda, que

le llega desde el hombro al codo de su brazo izquierdo. Ahí le queda eso. En el Hotel espero sus órdenes—dijo, y salió haciendo una leve inclinación de cabeza en traza de saludo.

IX

EL Marqués de Valdeflores, ministro de Estado a la sazón en el Gabinete que presidía el señor Amaya, había pertenecido al cuerpo diplomático y desempeñado elevados cargos en diferentes Embajadas. Era hombre de honda cultura y de exquisita urbanidad. Pero la característica fundamental de su espíritu y de sus modos, constituíala una serenidad amable e inmutable, fría y afectuosa a la par, llena de cortesía y de resistencia, tras de la cual no había medio de percibir el estado de su alma, la agitación o tranquilidad de su conciencia. En el ejercicio de su carrera, en la realización de aquellos cometidos delicados que hubo de llevar a cabo en extranjeras cortes, habíase hecho a este disimulo reverencioso, a esa naturalidad en el estudio y tratamiento de las cuestiones más exaltadas o difíciles.

Con atención intensa, pero sin explosiones, sin que una voz o un gesto mostraran al exterior, la sorpresa o la ira que sintiera, escuchó la detallada referencia que le hizo aquella noche el Director General de Seguridad de todo lo que éste había oído por la tarde al «detective» argentino, señor González Waston. No quiso el General ir a su jefe inmediato el Ministro de la Gobernación, temiendo el carácter violento y temerario de éste, y prefirió acogerse a la astucia y serenidad del Marqués de Valdeflores. Cuando acabó la relación, preguntó al ministro con quien le unía íntima amistad:

—¿Qué opinas de este conflicto tan horroroso?

El Marqués se levantó de la butaca, abrió una elegante caja llena de habanos que había sobre la mesa fastuosa de su despacho, encendió un cigarro y dijo:

—Telefona al *Palace* que venga el señor González Waston.

—¿Pero no cambiamos antes impresiones?

—Déjame ahora. Estoy haciendo la digestión del disgusto—dijo éste sonriendo y

echando bocanadas de humo, mientras la tempestad rugía en el cerebro.

Cuando estuvo presente el argentino, unos momentos después de haberle llamado, invitó el ministro muy afectuosamente a tomar asiento y le habló de este modo:

—Tengo conocimiento de todos los detalles de su larga persecución a José Ruipérez, a través de los años y de los países variados por donde éste anduvo. Sé, por las pruebas que he examinado, que son ciertas las acusaciones que trae usted a la justicia de España; y en fin, estoy convencido de que José Ruipérez, el asesino del vicioso Aristides y el Duque de Piedra, son la misma persona.

Calló. El General mostraba en la cara la mueca de las grandes sorpresas. Waston sonreía con satisfacción.

—¿Y bien?—preguntó éste.—¿Qué dice usted señor Ministro?

—¡Ah! Que le felicito entusiasmado por su tenacidad y por su aguda penetración.

—Entonces ¿cree usted que como es de justicia me será entregado el reo en su día?

—Si todo es cohonestable, sí; ¿qué duda cabe?

—No lo entiendo, señor ministro; y además he de añadirle con franqueza que me extraña y me preocupa su pasmosa tranquilidad.

—¡Oh, no! nada de eso. Es mi manera,

—Por si acaso he de decir a ustedes, que como esos documentos que le entregué hay otros iguales extendidos por duplicado y que tiene en París mi secretario particular, con orden de darlos a la Prensa francesa, además de acudir a nuestro Gobierno argentino, en el momento en que mis papeles fueran secuestrados o atropellado yo.

—Perdón señor Waston; usted ha perdido la serenidad y eso le perjudica. ¿Quién piensa en quitarle nada y menos aún en atropellarle? Tenga su cartera y repásela; verá que todo está como usted lo entregó.

El Marqués puso en manos del argentino su repleta cartera. El detective dióse cuenta de su torpe precipitación. Continuó el Marqués:

Mire usted señor González, y ante todo—

agregó cortando la frase comenzada—¿usted es español?

—No señor; soy argentino, hijo de español y norteamericana. Mi padre era de Asturias.

—Muy bien; pues le iba diciendo, que hay aquí varias cosas que considerar y varios intereses que cuidar; y así hemos de ir examinando uno por uno todos los que ligados se hallan a estos sucesos, para evitar que sufran daño los que no cometieron delito; y si tenemos la suerte de poder desintegrar al criminal de las entidades y personas ajenas a su culpa, de manera que sólo él padezca el castigo que las leyes establecen, todo irá por carretera, amigo mío, la justicia, los propósitos de usted y la ayuda nuestra.

—¿Quiere Usted aislar a José Ruipérez de todos los demás?

—Exactamente, y usted habrá de quererlo conmigo, porque usted, hombre de razón y hombre de justicia, no querrá perjudicar a ningún inocente. José Ruipérez, asesino, merece un castigo ejemplar. Pero de ningún modo, ese castigo ha de caer sobre don Va-

lentin Barrientos, el hombre bueno y honrado, el prócer caritativo y patriota, que con sus obras bienhechoras, con su talento y su energía, enjugó mares de lágrimas en España y hartó millones de estómagos hambrientos, y tuvo consuelos para todos las desgracias y amores para todos los menesterosos. Y si a don Valentín no deben salpicarle los daños de José Ruipérez, mucho menos hemos de consentir, ni nosotros, ni usted, que caigan sobre el Duque de Piedra, con quien España tiene una muy larga deuda de gratitud; que ha vivido, y ha luchado y ha triunfado para su nación. Más aún, que fuera de aquí es en el mundo, en muchas partes del mundo, símbolo representativo de España, a quien conocen a través de él. Ahora bien, ¿usted cree señor Waston, que siendo esto así, y usted sabe que lo es, vamos a dejar usted y nosotros, que en esas tierras lejanas, ese símbolo aparezca con el bochornoso sambenito del homicida? ¿Habremos de tolerar que crean y digan de España lo que dirían sabiendo que su hijo más esclarecido es un criminal?

—No me vuelva usted loco, señor Ministro—interrumpió el *detective*—. Está usted haciendo mella en mi ánimo y eso no puede ser, ni debe ser. Por eso le he cortado el discurso para decirle, que hace muchos años que vengo, día tras día, siguiendo el rastro del asesino, y cuando al fin le encuentro, después de todo lo que sufrí y trabajé, no es cosa de abandonarlo; para decirle, que tuve y tengo la administración de la confianza ilimitada de la familia del muerto, que puso en mi honradez, toda la esperanza y en mis manos su fortuna, para el logro de sus justos deseos, y por eso ahora yo no puedo decirles que desisto y venderles y traicionarles, y echar por la ventana envueltos en los girones de mi honor, su confianza, sus miles de pesos y la razón que les asiste. Me costará lo que me cueste, me jugaré lo que me juegue, pero la justicia se hará. Y si no llegase por buenas, llegará por el camino del escándalo y de las reclamaciones diplomáticas.

—¡Otra vez disparado, señor Waston! No es de su altura. El nombre de usted tiene derecho a exigir a su corazón y a su lengua

un poco más de ecuanimidad. Vamos, serénese y reflexionemos. Yo no quiero violentarle, bien lo sabe Dios, yo no quiero se haga nada, no sólo contra usted, sino contra la voluntad de usted, todo lo que se realice será por haberlo acordado antes con usted mismo. Somos hombres de razón ante todo. Yo le aseguro a usted que desprecio la vida, que aborrezco la vida, si ha de sostenerse al socaire de violencias. Ahora bien, volvamos a la realidad y veamos; tras de una actuación rigurosa contra el Duque de Piedra, caería sobre los suyos, la mancha indeleble y ominosa del crimen, el horror del patíbulo; caería sobre su hijo, el Marqués de Valcordana, tan caballero, tan continuador de las bondades copiosas de su padre, y caería sobre la mujer del Marqués, una santa y una belleza, y sobre las tres angelicales criaturas que Dios les regaló, y salpicaría al Presidente de nuestro Consejo de Ministros, suegro del Marqués, todo patriotismo y sacrificio por España. Y asimismo, los otros hijos del Duque, casados con lo más significado de Madrid, y las otras hijas, que se unieron a fa-

millas dignísimas de levantada prosapia, de purísimo abolengo, y de esta suerte, toda la España de valía, la España oficial, de la política y de la Banca, y de la ciencia y de las artes, veía en su frente la marca infamante del asesino y el hierro candente de la horca. ¿Y esto puede ser, señor Waston? ¿Y esto puede consentirlo quien tenga en sus venas sangre española? Su padre de usted ¿no maldecirá desde la Eternidad el afán terco de su hijo, de cubrir de oprobio el nombre de tantas familias españolas, el nombre de España? En todo caso, el hecho detestable pasó hace tanto tiempo, que ya ha perdido fuerza y vigor. Además como hasta aquí, transcurrieron los años sin hallar al culpable, de igual modo pueden seguir transcurriendo los venideros.

—No, no—gimió el «detective»—yo no puedo engañar a mis clientes.

—Pero usted no puede tampoco causar tal destrozo, tan furiosos males, por el afán de lograr el castigo de un delito pequeño, al lado de aquellos merecimientos extraordinarios.

—Sí, sí, eso es verdad; a lo menos parece verdad.

Hablaba consigo mismo. Se levantó mirando al vacío, mirando sin ver. Cogió su sombrero, su bastón, su cartera y, andando rígido como en sueño hipnótico, como sugestionado, se fué despacio, tieso, sin volver la cabeza ni despedirse, y salió a la escalera y siguió bajando destocado y llegó a la calle y de igual traza fué hasta su automóvil y arrancó éste sin que ni una palabra, ni un gesto, indicara u ordenara dirección Y de la misma manera se condujo hasta caer desplomado en la butaca que al pie del lecho, que cubría uno de los testers de su cuarto en el Palace Hotel, le ofrendaba el regalo mullido de su vientre y de sus brazos.

ENTRÉ las noticias de sociedad de un periódico de Madrid había leído el Duque de Piedra estos sencillos renglones.

«Ha llegado a la corte y se hospeda en el Palace Hotel, el notable «detective» argentino don Eriberto González Waston».

El Duque sintió que su corazón le golpeaba el pecho brutalmente, notó en la cabeza un peso y una perturbación extraños y vió que una nube, una tela obscura cubríale la vista y se la arrebataba. Se desplomó sobre el tapiz lujoso de la estancia y al ruido que produjo, entraron varios de los que trabajaban en el despacho cercano, dedicado a secretaría del Duque, cuando vivía en su palacio de Bilbao.

Le trasladaron a su lecho, llamaron a los médicos, y en espera quedaron del efecto de los auxilios que dispusieron con urgencia.

—Si no puede ser menos—decía el secretario—trabaja más de lo que aguantaría un hombre joven. ¿Cómo lo va a resistir él?

Se promovió un revuelo temeroso, acongojada acudió la esposa doliente, llenos de terror los hijos que se encontraban en Bilbao; un aleteo de tragedia sonaba en el rumoroso silencio de la casa con ecos imprecisos que prensaban los corazones. La noticia circuló por la ciudad con la velocidad del sonido, y todas las personas de representación y todas las entidades de valía, acudieron con angustia al palacio del Duque, reclamando detalles que tranquilizaran su zozobra. El correo y el telégrafo comunicaron el accidente a toda España, y pasando sobre el mar y sobre los picachos del Pirineo, llevaron por el mundo la dolorosa relación que en todas partes producía dolor o conmisericiones. La personalidad del Duque de Piedra sostenía en sus hombros poderosos, muchos y muy extensos intereses complejísimos que afectaban a cosas y personas de diversos continentes. La muerte del prócer español haría correr por la economía mun-

dial un estremecimiento que tal vez derrumbara levantadas cumbres sociales, industriales o mercantiles. Por eso, de todas partes del globo, pidieron confirmación y ampliación de la temida catástrofe telegrafada.

Por fortuna, el síncope careció de gravedad. Volvió en sí pronto el enfermo y aunque continuó como aturdido, como ajeno a las cosas que le rodeaban, los médicos afirmaron que no había peligro que temer. Aquel cuerpo de singular fortaleza seguía rigiendo como en los años de la juventud. Sólo habían pasado dos días y ya no quedaban en el hombre robusto señales físicas o fisiológicas del temido mal.

En cambio, el Duque de Piedra había sufrido desde el pequeño accidente que a todos alarmó, un notable trastorno de carácter. Su rostro se contrajo con tal aspereza como si nunca hubiera florecido en él la sonrisa, ni le hubiese alumbrado la bondad. Agrio y molesto cuando daba órdenes, brusco y brutal cuando contestaba aún a los seres queridos que vivían muy en su corazón, parecía este hombre, nuevo, la antítesis del otro hombre

que había expirado y trasmutándose en el vahído que le dió en su despacho. La familia llegó a temer una perturbación mental, los médicos comenzaron a preocuparse muy seriamente. Para todos estaba claro que el exceso abrumador de trabajo intelectual, había herido aquel cerebro poderoso, amenazándole con la desintegración más terrible. La pobre Duquesa quería acariciar, mimar a su enfermito; quería rodearle con toda su alma, anegarle en todo su amor; sabía ella que en momentos difíciles o peligrosos la asistencia espiritual de su querer habíale serenado y animado victoriosamente; pero ahora el Duque ni admitía siquiera este consuelo. Con frase cortada y durísima rechazó a cuantos se acercaron a él; quería estar sólo, sólo, sólo.

Habíanse borrado de su alma los dulces sentimientos que nacen al abrigo de las grandes borrascas de la vida. La fiera, la fuerza salvaje que bien orientada y embridada habíale servido para triunfar en la lucha durísima de su existencia, renacía indómita; roto el freno, encendidas las entrañas, despega-

da de cuanto florecía en torno a la personalidad serena y bondadosa del Duque. Fué un renacer de odios instintivos, fué un resurgir de aquellos misteriosos alientos del ansía de vivir que le hicieron ser criminal por la fuerza de las circunstancias, sin que allá dentro, en los recovecos del alma, hubiera terreno abonado para el desarrollo de la maldad. Enturbiados sus ojos, no veían ni a la esposa amante ni a los hijos adorados; no percibían más que enemigos y persecutores, espías y carceleros, jueces y verdugos; Era un horrible padecimiento capaz de concluir con el cerebro más formidable.

Por ante el espíritu del Duque, desfilaron penosamente, pandamente los negros sucesos de su juventud, y el horror de acabar su vida purgando aquellos pretéritos delitos, le puso en trance de felina desesperación.

Quieto, en su cuarto, sin querer acostarse, sin poder dormir, sin soportar ninguna compañía, pasábase las horas recorriendo la estancia como un tigre en la jaula. Secábansele las facciones, brillantábansele los ojos, amoratábansele las cuencas de ellos. Diaria-

mente recorría con avidez la prensa toda de Madrid. Pensó volar a tierras ignoradas. Fué esto en un momento de flaqueza. Libre de ella, se dispuso a dar satisfacción a la justicia si se la demandaba.

«Sí, él tenía una deuda de sangre que no había satisfecho; una vida arrancada que no se paga ni con caridades, ni con servicios patrióticos, ni con beneficios, sociales, ni con arrepentimiento ni con nada; una vida pide otra vida, y él debía toda su sangre y él la entregaría a quienes con derecho venían demandándola.»

Así discurría, maltratándose una hora y otra hora. Y cuando había adoptado una de estas resoluciones, quedábase tranquilo, elevaba su alma a Dios y con un gesto magnífico de resignación cristiana, de expiación redentora, conseguía para sus nervios una quietud que le traía sueño reparador y descanso saludable. Mas de nuevo, el instinto de vivir se alzaba tirano y escandecía todo su sér y agítaba su alma y otra vez las torturas hincaban sus garras en aquel hombre

dolorido que así purgaba su delito como un condenado a muerte.

Y seguían los suyos temblando por la salud de aquel cerebro, y los médicos temiendo un tremendo desenlace. ¡Y en qué días! Cuando la nación entera preparaba la glorificación de aquel hombre. ¡Así son las glorias de este mundo!

Fernando escribía todo atribulado a Virginia: «No sé qué va a pasar aquí, Virginia de mi alma. Mi madre no cesa de llorar; los médicos salen cada vez más desalentados del cuarto de mi padre. Esta mañana he ido a verle; me ha dado un beso muy fuerte, muy fuerte y muy largo, y sus ojos se enaguazaron, mientras sus labios se contraían con pena infinita. No habló, no me dijo nada. Después de besarme así, me condujo hacia la puerta, me empujó suavemente fuera de ella y cerró. ¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué tremendo golpe nos amaga! La locura está apoderándose de esa cabeza tan varonil, tan resistente... No puedo decirte más porque estoy ahogándome. Escríbeme mucho, envíame el consuelo poderoso de tu amor; ahora

todo nos es necesario. A tu padre cuéntale esto, léele esta carta. Tuyo toda la vida, Fernando».

Y como esta carta eran las demás que escribían su madre y sus hermanos allí presentes, a los que, retenidos en lejanas ciudades, anhelaban saber a diario los avances del mal. «No vengáis — solía decirles la Duquesa en sus escritos — no vengáis. No puede soportar a nadie; le irritan las visitas; trata a cuantos le hablan como si fuesen enemigos que llegaran a perjudicarlo; y cuanto más cercanas a él son las personas que pretenden hablarle, más le exasperan y con mayor irritación las despide. No vengáis, pero pedid mucho a Dios para que le libre del peligro violento de un trastorno cerebral, que es lo que los médicos temen y a todos nos hace temblar de pies a cabeza.

XI

FERNANDO y Virginia trastean por los salones del palacio que ocupa en Madrid la Embajada Argentina. Fernando ha sentido la necesidad imperiosa de reintegrarse al reino de su dicha, allí donde la voz cálida y enamorada de su novia y el mirar dulce de sus ojos vírgenes le transportan a las cumbres de la felicidad. Ha llegado a Madrid y con Virginia recorre las estancias donde se hallan artísticamente colocados el *trousseaux* de la futura casadita y los regalos pingües de sus amistades.

La naturaleza humana es cínicamente egoísta; pero cuando el amor se adentra en ella, entonces el egoísmo adquiere gigantesca talla. En Bilbao, todos los momentos del día, estaban impregnados de temor y de dolores, la continua visión del Duque transfigurado, enardecido, chocaba estridente con

las dulzuras que almibaraban la vida actual de Fernando; y entre el deber de hijo y el placer de enamorado, optó por éste y tomó el tren de la Corte, y no más que unos minutos después de arrancar a toda marcha el ruidoso convoy, habíase borrado de la memoria del mozo el mal que dejaba a sus espaldas y los padecimientos que torturaban el alma de su madre y los peligros que llevaban aquellos accesos de su padre que tanto le quería. Todo se fué de su mente; sólo la luz centelleante de sus amores, la felicidad trastornadora que le esperaba al lado de Virginia, quedó en él como dueña de todos sus pensamientos.

Ocurre ello en los momentos tormentosos para Waston y el Director de Seguridad que venimos describiendo.

Virginia lleva de la mano a su prometido.

—Mira—le dice—que lindo traje de crepón de china. Parece un vapor blanco, un pedazo de nube. Le firma Roquín—añade vanidosilla.

Fernando se abstraer, se hunde en la contemplación de la gentileza de su novia, ro-

deada del nimbo precioso de aquel *habillaje*.

Toda ella es blanca y delicada como una gema engastada en espuma; y es blanca su alma de virgen y es blanca su mirada ingenua. Parécele al muchacho que su adorada fué hecha para servir de idolillo y no para que manos de carne y deseos de amor cometieran la irreverencia de tocarla. Como entre nubes estaría entre el oleaje de crespón de china, menos sutil que su espíritu, menos brillante que sus ojos. Fernando ha tocado las telas lindas con el respeto, con la unción que inspiran los objetos sagrados.

—Aquí tienes el regalo de los de Gómez Mosta. Precioso, ¿verdad? Es un collar de ópalos, cuyas irisaciones sugieren imágenes indias: salvajes irritados; algo desconocido y misterioso, que un fakir del Himalaya hubiera descifrado con palabras llenas de un enigma amedrentador.

—¿Qué es esto?—pregunta él mirando un estuche rarísimo de madera basta, labrado primorosamente.

—Abrelo, ábrelo; verás que hermosura.

Dentro de aquel cofre rudo, en el que las abultadas labores barrocas ponen un sello de arte inconfundible, aparece la feminidad del terciopelo y de la seda, formando un nido al que se acoge un aderezo curiosísimo; parecen perlas negras de vivísimos reflejos multicolores.

—Pues eso, explica Virginia, es lo siguiente: El estuche, regalo de los obreros del Astillero Vasconia, sección de carpintería, está hecho con un trozo de haya arrancado de uno de los bloques de madera, del último barco que hizo tu padre por encargo de Bélgica. Y el aderezo es del acero fundido que sale entre las escorias de los Altos Hornos de Algorta, de tu padre; parece ser que a veces, se forman esas bolitas de hierro y carbón, cuya belleza puede competir con las mejores perlas negras de la Malaya. Lo enviaron los obreros forjadores de allí.

Y así, de uno en otro estante, de ésta a la otra vitrina, los enamorados muchachos iban deleitándose con las galas que les adornarían, mudos testigos de su futura felicidad.

De cuando en cuando, sus miradas anegá-

banse en la hondura luminosa de los iris; sus manos enlazábanse y se apretaban encendidas y quedaban mudas las bocas entreabiertas y refulgía la pasión por su sonrisa, por la agitación de sus pechos, por el carminado rubor de sus mejillas.

—Me da miedo tanta felicidad—exclamaba el novio—cuando se es tan dichoso en la tierra, espero una gran desventura.

—¡Qué pesimista! ¿Por qué?

—Porque este que es un valle de lágrimas no tiene cabida para tanta felicidad.

—No digas cosas tan tristes, Fernando.

—En este momento has pensado en lo que yo pienso.

—Vamos, no seas así, mi vida; Dios que-rrá devolverle la salud y el buen humor.

—¡Pobre padre mío!

Y el acibar de este recuerdo amarga la dicha de sus almas.

—¿Todavía no has pensado por dónde haremos el viaje de novios?—preguntó ella.

—Por donde tú quieras, mi alma. Podíamos ir a París primero, a ver a los hermanos.

—¡Ah! al señor Ministro de la República.

—Podíamos ir a tu país.

—¡Oh, la Argentina, la tierra toda luz, toda fuerza, la tierra joven y delicada y bella!

¿Sabes tú que su nombre «La Argentina», suena a rico metal en todas las lenguas?

—Tengo ganas de conocer la ciudad que te vió nacer; ha sido siempre en mí un deseo intensísimo el de visitar Buenos Aires, tan arrogante, tan magnífico, donde hay esplendores parisinos y nobleza madrileña; donde rueda el oro como en Wáshington y cruzan las mujeres más femeninas del mundo; donde aun vive el alma gaucha valiente, reñidora, sana alma del pueblo con esencia aristocrática que la legaran aquellos rancios españoles.

—Sí, sí; hay que ir al Plata, hay que abismar nuestro querer en la inmensidad de los mares, y luego, allá en mi América, en la inmensidad de sus pampas.

—Eso es. Y luego... no sé. Hay tanto que atrae, que llama. Claro, que yo preferiría silencio, soledad; algo sereno y religioso, donde mi adoración no se distrajera de su idolo.

—¡Fernando!

—Algo que me apartara del mundo y me hiciera olvidar a mis semejantes, para pensar que estaba el universo totalmente deshabitado. Como cuando Adán y Eva lo poseyeron; y en él tú y yo.

—Y Dios.

—¡Y Dios!

—¡Y la serpiente!

—Ya sabes que fué Eva la que pecó.

—¡Qué poco galante!... ¡Mira que brillante más enorme!

—¡Qué barbaridad! ¿Quién ha mandado eso? Te advierto que vale un dineral; tal vez un millón.

—Es el regalo de los miembros del Gobierno argentino a la hija de su Embajador en España.

—¡Caramba! Han *epatado* a toda Europa.

—Verdad..., verdad..., que entre las joyas que hemos recibido del continente, ninguna como ésta... Ya ves, de mi tierra ha venido la mejor.

—Las dos mejores.

—¿Cuál es la otra?

Fernando clavó sus ojos en los transparentes y alucinados de Virginia murmurando:

—¿Cuál..., cuál?... ¡¡tú!!...

El oro del sol chisporretea sobre las facetas del brillante que parece otro sol pequeño alumbrando aquellas joyas y vestidos. La luz se quiebra en el barniz de los muebles, destella en la sedería y se tiende perezosa sobre los preciosos encajes. Todo brilla, todo ríe en torno del amor de estos muchachos que son lo más encantador de la vida, lo más transcendental de la humanidad; a quienes la humanidad debe su permanencia, su indefinido alargamiento. Y como si para el amor hubiera sido creado el mundo, todas sus cosas reflejan la felicidad de los seres que se aman puramente, apasionadamente.

XII

CUANDO el señor González Waston reposó en el hotel, un cuarto de hora después de haberse administrado una fuerte inyección de morfina fortalecedora, recogió de nuevo la documentación tan interesante con que había probado sus alegatos y se fué a la Embajada de la Argentina.

Una honda preocupación ahondaba la arruga frontal que daba al «detective» aspecto de hombre tozudo y perseverante. El argentino quiso ir a pie hasta el domicilio del representante de su país, así podría pasar y repasar la mirada sobre los sucesos que en su torno ibanse desarrollando, y preparar su conversación transcendental con el embajador de la República del Plata. Caminaba penosamente, tropezando con los viandantes y bajando al arroyo con grave riesgo de su integridad personal, amenazada por los au-

tomóviles raudos. Llevaba el maletín de los documentos como un viajante que porteara un muestrario de perfumería, y poco a poco, acercábase al dolor de unas revelaciones siempre molestas de decir.

Era don Eriberto antiguo compañero y viejo amigo de don Carlos, con él había cursado la carrera de leyes, y juntos hubieron de correr alegres locuras de juventud. Hacía, sin embargo, muchos años que no se veían. El señor Morrel, apenas pasaba tiempo muy de tarde en tarde en su país natal; de una en otra legación o Embajada, transcurrió para él la vida fuera de su tierra.

Cuando el señor González Waston se anunció, en el rostro del diplomático dibujóse una profunda alegría, y sin ceñirse a las corrientes normas, salió dando voces en busca de su amigo.

A su mente vinieron volando como bandada de pajarillos reidores, todas las andanzas deliciosas de sus mejores años, marchitos y ausentes, lejanos, conservando no más que el aroma suave, casi extinto de la flor guardada entre los folios del libro preferido, de

las cartas amorosas, atadas con una cinta de seda, sin color ya, de los frascos que tuvieron perfume de las telas que vistió alguna dama elegante. Con pena, con tristeza resignada que producen estos recuerdos, salió de su estancia el embajador, y exaltado de cariño y deleite el contemplar a su viejo amigo, exclamó con grandes voces:

—Pero hombre, Eriberto, que sorpresa más agradable.

Se llegó hasta él y le abrazó estrechamente, mientras seguía diciendo:

—Cuanto tiempo sin vernos; que ganas tenía de abrazarte.

Notó sin embargo en el amigo, un retraimiento o una preocupación inesperada y honda, no muy a tono, con el cariño expresado ruidosamente por el diplomático, y así hubo de interrogarle mientras le hacía tomar asiento en su despacho íntimo.

—¿Pero qué te pasa, muchacho? ¿Es qué no eres mi amigo, el amigo de siempre?

—Te quiero como nos queríamos de chicos, Carlos.

—Entonces ¿qué te ocurre? Ha de ser muy

grave para traer a mi casa esa cara, después de los años mil que no nos veíamos.

—Cierra bien esa puerta, procura que nadie nos escuche ni nos estorbe, y oye.

El señor Morrel, impresionado por la expresión de profundo dolor y la voz alterada de su amigo, obedeció callando. Miró en torno de la estancia, cerró su puerta, tomó asiento y escuchó.

La severa estancia en donde se encontraban, hallábase vestida de damasco rojo y ocupada por un mobillario negro y lustroso, de estilo español, en cuyas maderas preciosas había dejado el artífice todo un mundo de fantástica fauna entre una flora exuberante tropical. A través de los pesados cortinones granate, filtrábase la luz cruda y detonante de Madrid, amortiguada por madrás de tejido sutil y bordados arabescos. En los sillones confortables que se ofrecían al lado de un balcón, sentáronse los dos amigos y el recién llegado comenzó a contar el objeto de su venida.

Larga y despaciosa fué la narración que el «detective» hizo y que ya conocemos. Con

toda clase de pruebas, fué apoyando cada una de sus afirmaciones, y por fin terminó de esta manera:

—Tras de mis conferencias con el Director General de Seguridad y el Ministro de Estado, que te he descrito minuciosamente, y a través de las cuales he visto lo que esperaba: la irreductible disposición de esos personajes; su propósito de estorbar mis fines de justicia; la situación mía delicadísima, ha cambiado notablemente y por dos diferentes maneras. Una de ellas consiste en el surco que han abierto en mi espíritu, los razonamientos del Marqués de Valdeflores, tan justos, tan emotivos. La otra, es el cerramiento de los caminos llanos, para proseguir mi misión. Por eso he venido a verte; primero hablo al amigo, después, hablaré al representante de mi país, al Ministro de la Argentina en España, que tiene el deber de protegerme y ayudarme.

Mientras el «detective» desarrollaba toda la minuciosa historia del asesino José, la iracundia justiciera ponía lucecillas rojas en los iris del representante de la Argentina;

cuando estalló como un petardo el nombre del Duque de Piedra, la sangre huyó bajo la piel amarillenta de Morrel a ocultarse en las entrañas martirizadas por el temblor nervioso de todo su cuerpo; y en fin, cuando pudo percibirse de la tenaz resistencia que oponían los elementos requeridos por el visitante, comenzó a columbrar un rayo de esperanza, débil luz salvadora que anuncia la salida del túnel.

El señor Morrel tenía forjada su alma en luchas intensas, difíciles; peligrosas; durante su vida tuvo en las manos cuestiones gravísimas encomendadas a su talento, a su valentía y a su serenidad; y sin embargo, de esta gimnasia espiritual que le había dado firmeza de roca y valor de héroe cuando el «detective» terminó su narración, apenas si podía hablar. A punto estaba de retirarse enfermo y descaecido. Tardó un largo rato en contestar al señor Waston; éste comprendió el hondo efecto que había causado en su amigo y esperó a que se repusiera y serenase. Momentos después rompió a hablar:

—No sabes tú, querido Eriberto—dijo el

diplomático balbuciendo las primeras palabras—todo el dolor, toda la pena desgarradora que tus frases me han producido. A través de esta conversación te convencerás de ello. Ahora y según vaya poniendo en orden mis ideas, irá contestando unas veces el embajador, otras el amigo y compañero de la infancia. No me pidas un método riguroso. Me han trastornado tus noticias y tus planes.

—En efecto, te veo afectadísimo y me preocupa.

—Seguramente habrás notado que el mismo efecto causaron en los demás tus palabras.

—Ciertamente; pero el caso es distinto, ellos son españoles como el Duque de Piedra; tú eres argentino como el asesinado en Buenos Aires.

—Ellos y yo, amigo mío, somos víctimas de la opresión mortal con que nos martiriza tu petición de justicia; porque en el mundo todo está enlazado, todos los intereses se apoyan mutuamente y el cataclismo que derrumba una columna, hace vacilar en sus si-

llares edificaciones muy firmes y muy alejadas de aquélla.

—No te entiendo, no entiendo a nadie, vais a concluir con mi ecuanimidad, tal vez con mi razón.

—Verás, verás... [Empleza el diplomático, el representante de nuestra nación en Madrid, a decirte, que con tus pretensiones, me pones en un terrible trance, La amistad de La Argentina y España, está amenazada gravemente en este caso; si yo me pusiera a tu lado, mejor dicho, al lado de la justicia, tal vez, las relaciones amigables en que se desenvuelve el trato de ambas nacionalidades, llegase a filo de ruptura. España no consentirá jamás, ni el Gobierno, ni el pueblo, que se ponga mano ni castigo sobre la excelsa personalidad del Duque de Piedra. Ahora bien, trayendo tú a mí un requerimiento tan justo, es posible, es casi seguro, que nuestros paisanos, demandaran con energía la satisfacción justiciera que tú demandas. y Yo acudiría, con todas mis fuerzas, al logro de estas ansias de mi pueblo. Hay allí una familia ilustre que reclama el castigo, sin que

el ardor de su venganza se haya amortiguado con el transcurso de los años; es algo de odio africano, de «vindicta» agarena; que no en balde tenemos allá los del Plata mucha sangre mora en las venas, que se nos llenaron de ella al llenarse de sangre castellana. Y en esa familia hay miembros de singular altura, intelectual y social y política, como el actual ministro, hermano del que asesinó José; y todo es parte y precio en el empuje que yo pondría para dar satisfacción a tus solicitudes, querido y viejo compañero, que con tan negro objeto te me presentas, después de tan largos lustros de haber perdido el gozoso enlace de nuestra juventud. Pero hay que estudiar bien, con prolija atención tu demanda y no precipitarse por sentimientos de justicia o cariño. Porque la amistad del Reino de España, con nuestra República Argentina, está por encima de un menudo caso, de una pequeña satisfacción de justicia. A diario, aquí, allí, y en todo el mundo, crímenes mayores quedan impunes, por influencia de un diputado, de un ministro, de un partido político; es viejo ya, el

abandono del rigor de la ley, porque así lo piden intereses poderosos. Pues bien, aquí son éstos de lo más levantado y trascendental que puedes figurarte; la ruptura de relaciones nacionales; traería un tremendo mal, primero y fulminante; los intereses comerciales y fabriles de ambos pueblos, habrían de sufrir pérdida de muchos millones y tal vez los secretos preparativos bélicos las impondrían unos gastos ruinosos. Además, en esta unión, van enracimados intereses espirituales, amores de raza, fusión de sentimientos y depuración de odios pasados; todo lo cual, afecta al mejoramiento de la vida, no ya nacional, sino de la humanidad... ¡Bah! Si todo eso hemos de echarlo a rodar por la muerte de un borracho, vergüenza y deshonor de nuestro pueblo, seríamos unos insensatos.

Ten fortaleza espiritual de contrariar tus pasiones; no digas «parece que la hay», di «ciertamente la hay». Tú, Eriberto, eres un hombre que estás mucho más elevado que tu cargo; tú no eres un «detective» vulgar, has hecho estudios y has vivido suce-

esos que te permiten apreciar y valorar intereses superiores en donde no tienen representación ni importancia, los bajos y mezquinos de un individuo, de una familia, en donde las naciones se juegan su riqueza o su prestigio, la sangre de sus hombres mejores, más jóvenes, más fuertes, más virtuosos y las páginas de la historia.

—Con todo eso me alejáis de mi deber... ¡mi deber! que es lo más inmediato a mi alma, lo que tengo que cuidar con mayor esmero.

—Calla y escucha.

—Habla.

—¿De modo que te niegas a ayudarme?

—No te impacientes, no preguntes con impaciencia. Dime por de pronto: ¿Hay razón en lo que llevo hablado?

—Parece que la hay.

—Prosigo: Y ahora se dirige a tí el compañero, el cariñoso compañero que compartió tus juegos y aventuras: El Duque de Piedra es un hombre cumbre, no de las llanuras espirituales de España, sino del mundo entero. Ya te han dicho lo que hizo y lo que hace;

yo testifico que todo es verdad y que cuanto sobre esto digan queda corto y desmedrado ante la realidad que representa su vida. Este no es aquél; se ha redimido, se ha lavado; en sana, en recta justicia, no puede condenársele hoy al Duque de Piedra por lo que hiciese ayer José Ruipérez. Habría en ello una lesión de la justicia exquisita y sutil, justicia, que si escapa a la tosquedad de un código articulado, es muy perceptible para la conciencia plegable y graduada de un magistrado. Y aun otra cosa más, Eriberto, viejo amigo mío—los ojos del Embajador se llenaron de lágrimas.—Yo tengo una hija, una sola hija que es la razón de mi existencia y toda la felicidad de mi vida. Virginia ama con locura a un hijo del Duque de Piedra y va a casarse con él dentro de unos días. Si esta boda se hiciese imposible, mi hija se moriría rápidamente, y detrás de ella, yo abandonaré un vivir que se me habría de hacer insoportable... ¿Comprendes..., comprendes..., amigo... mío?...

González Waston abrió desmesuradamente sus ojos llenos de una extrañeza doloro-

sa; al apartar la mirada del rostro acongojado de su amigo, cayó de lleno sobre un magnífico pastel, donde las crenchas blondas y la mirada luminosa, y la sonrisa dulce de una mujer, joven y hermosa, se empapaban de sol para realce de su singular galanura. «Aquella debía ser la hija del diplomático, la gentil porteña, feliz en su amor único y primero, a quien él iba a sepultar en la desesperación con sus insensatas peticiones de justicia a favor de un cretino, de un borracho, de un mujeriego, carne podrida de su patria adorada, a quien hizo un bien el que la libró de este perdido».

El señor Morrel, huudida la cabeza gris en las manos patricias, lloraba, lloraba sumido en un desconsuelo desgarrador. El «detective» alzóse sin hablar y abandonó la estancia sin despedirse; un aspecto igual al que mostraba cuando salió del Ministerio de Estado, reflejándose en su rostro contraído. Tomó un coche y retornó a su hotel.

XIII

POR segunda vez, sentía el señor Waston una aguda sensación de molestia cerebral que perturbada la clara visión de su intelecto. Asimismo, cuando salió de hablar con el Ministro de Estado, un dolor lacerante le barrenaba el cerebelo, produciéndole extraños fenómenos sensoriales, que dominaban su poderosa voluntad.

El «detective» era un hombre fuerte, jamás le había sujetado en el lecho una enfermedad; sus nervios vibraron siempre acordes y serenos, sin descaecimientos morbosos, se cansaban, se debilitaban, pero nada más; un descanso, cuando ello era posible; unos días en el campo, en la sierra o bien unas inyecciones de morfina si las ocupaciones le obligaban a mantenerlos en tensión y ya estaban listos de nuevo para funcionar. Por ello le preocuparon los síntomas raros,

desconocidos, que le afligieron dos veces, casi seguidas, después de las dos visitas narradas. «¿Es qué se iba haciendo definitivamente viejo? ¿Es qué alguna lesión orgánica había abierto un portillo peligroso en su inabordable salud?»

Esperanzado, acudió a su remedio favorito, inyectándose una fuerte dosis de morfina, que por de pronto; puso en sus nervios suave quietud y alejó de su cabeza el profundo dolor. Llegó a él un instante de lucidez artificial, en la que parecía que otro sér le daba ideas y le impulsaba a ejecutarlas. Bajo esta presión, cogió la pluma, escribió rápido una carta, la cerró, y llamando al timbre, dióselas a un criado juntamente con la cartera de sus documentos, diciéndole con laconismo: «Esto a su destino».

El esfuerzo que tuvo que hacer para ésto debió ser tremendo, porque le agotó, acabando con su resistencia. Fué sobre todo una lucha moral terrible; en su alma, dos fuerzas peleaban con ira, con bravura, arrancándose pedazos, infiriéndose desgarrones: de un lado, su deber apoyado por la con-

ciencia; de otro, la comprensión de los daños que se venían encima de todos apoyada por la conmiseración ante tantos dolores. Varias veces cogió la maletilla de los documentos y volvió a dejarla en su sitio; según estaba en pie uno de los dos contendientes y tumbado el otro, la cartera subía a las manos del «detective» o bajaba al fondo de su baúl. Por fin triunfó la misericordia y cayó herida de muerte la justicia.

Cuando hubo despachado al camarero, sentóse preocupadísimo, reclinó la cabeza en el respaldo de la blanda butaca y quiso meditar. Pero no acudían bien hilados a su mente ni los razonamientos, ni los recuerdos; había algo maltratado, contorcido, roto, dentro de su organismo. La voluntad dominadora del hombre fuerte, del hombre acostumbrado a regirse, hisplóse dentro de él, mandando con despotismo. Era preciso repasar las conversaciones sostenidas y los gestos advertidos en aquellos personajes que acaban de ocupar sus horas; era necesario analizar tesituras y propósitos de los mismos, y ver en consecuencia, cómo había fracasado

do definitivamente el propósito de toda su vida detectivesca, al que su honor profesional estaba tan estrechamente ligado. Le costaba trabajo este esfuerzo, apenas podía recordar detalles; sólo aparecía vibrante y luminosa, una terrible convicción: «Se le escapaba el asesino, se le iba de entre las manos; había encontrado fortalezas y valedores más poderosos que él». Waston al llegar a esta conclusión, irreflexivamente, inusitadamente, como va la mano al puñal clavado en el pecho, quedóse yerto. Era ésta la única y poderosa verdad que se erguía por encima del oscuro revoltijo de ideas desordenadas, desintegradas, que bailaban en su cerebro, una zarabanda de locura. Entonces poníase lívido, encogíase atormentadoramente en el sillón y su mirada vidriosa, recorría agitada los ámbitos penumbrosos de la estancia.

Toda su vida persiguiendo como único ideal la captura del asesino José; la reintegración de la justicia burlada a su solio magnífico; todo su talento puesto al servicio de la necesidad de hallar al matador que tan hábilmente se le escurría; todos sus sacrificios

para apresarle, pasando fríos y calores, soportando hambres en países deshabitados y molestias en ciudades populosas; todo el dinero que derrochó en informes y viajes, todo, todo, ¿para qué? ¡para dejarle escapar cuando había logrado echarle las manos al cuello! Se retorció de ira, de angustia; lloraba la opresión de su pequeñez, comenzaba a desvariar conducido por este dolor a los linderos de la desesperanza. Después otros sentimientos saltaron desde su corazón y fueron a dominar su cerebro conturbado.

Ante él aparecía el Embajador de la Argentina, conduciendo de la mano a su hija, tan hermosa, tan débil, anegada en llanto. Y vió ante sí la figura prestigiosa del Duque de Piedra, rodeada de reyes y magnates. Crecía el dolor intenso de su cerebro, se agudizaba como si le taladrase un agujón. De pronto, por entre el falso que daba al cuarto de baño, apareció una figura siniestra, armada de enorme cuchillo ensangrentado. Con la mano izquierda, férrea, poderosa, arrastraba el cuerpo feble y ridículo de un borracho elegante. Waston les conoció

al primer golpe de vista; era José y su víctima; la casualidad venía en su ayuda, no se le escaparía ya, no le salvarían ni los reyes ni los magnates, ni los ministros, ni la hija de su amigo, la bella porteña enamorada. Sacó con presteza su revólver, encañonó la figura odiosa del asesino...; pero antes de disparar, se había evaporado... ¡una vez más huyó! El «detective» llevó su furor al máximo delirio; José, la eterna obsesión de su vida, se burlaba de él inevitablemente; ahora de un salto, habíase encaramado en la butaca y le clavaba las uñas, las garras de tigre, en el cráneo; ¡qué dolor! se le saltaba el cerebro. Era preciso acabar de una vez con el monstruo. Rápido, volvió el revólver hacia su cabeza atormentada y disparó...

La cabeza herida, aquella noble cabeza de rasgos valientes y atrevidos, colgaba como un pingajo por encima del brazuelo mullido del canapé; un hillito rojo que descendía de la sien derecha, iba bordando sangrientas amapolas en el tapiz polícromo del aposento. En la puerta resonaban los golpes de las personas que acudieron al ruido de la deto-

nación. Hubo que hacer saltar la cerradura y entonces presentóse a las gentes el espectáculo tristísimo del suicida, que en el estrabismo último de su mirada, mostraba claramente el terrible desequilibrio final de su razón.

XIV

AUN estaban juntos en el despacho del Ministro de Estado, el Director de Seguridad y el Marqués de Valdeflores, una hora después de la salida del argentino, cuando un ujier entró llevando una carta lacrada y una cartera de cuero.

—Señor Ministro—dijo.— Un empleado del Palace Hotel trae todo esto para vuecencia.

El marqués cogió la carta fríamente, correctamente. El general se la comía con los ojos. Así que el subalterno hubo cerrado la puerta, el ministro rasgó el sobre y leyó:

«Excmo. Sr. Ministro de Estado.

Sr. Ministro: Lo de los papeles de París, no es cierto. Todos los documentos reunidos por mí, día por día, a través de tantos años; todos los retratos y pruebas del cri-

men y de las distintas personalidades de José Ruipérez, van en esa cartera que le regalo a usted.

Suyo affmo. s. s. q. e. s. m.,

Eriberto González Waston.

El marqués dió un salto y se precipitó sobre el teléfono.

—Sí... con el Palace,... pero a escape, señorita, a escape, se lo pide el Ministro de Estado.

Pasó un cuarto de minuto. El Ministro hablaba ante el micrófono.

—¿El Palace? Bien... ¡Ah! ¿Sí? ¿Cómo... cómo? ¿Pero cuándo?

Volvió su cara hacia el general, tapó con la mano el aparato transmisor y dijo a su amigo:

—Me lo suponía: se ha pegado un tiro. Continuó hablando por teléfono.

—¿Ahora mismo?... Hace diez minutos... ¿Pero se saben los motivos?... ¿No ha dejado carta o indicación por dónde colegirlos?... ¿Y usted cómo es que está ahí?... ¡Ah! estaba de servicio en la Comisaría.

bien, bien. Pues hay que avisar al Director General de Seguridad y al Juzgado de guardia. Usted cuide de que nadie toque ningún objeto del cuarto del suicida... Bien... Adiós.

Después se volvió hacia el general y frío y cortés, le dijo:

—Querido Director, tu deber te llama al Palace Hotel, siento mucho interrumpir esta conversación tan grata como tuya, pero lo primero es lo primero.

Y le alargó la mano con elegante gesto diplomático. El general se colgó de su cuello apretándole contra el pecho fornido, y agitado y dando un resoplido de cachalote, exclamó:

—¡Ay, amigo de mi alma! ¡Qué peso se me ha quitado de encima!

EPÍLOGO

En el palacio del Duque de Piedra, en Bilbao, reinaba una desusada alegría; la Duquesa reía a carcajadas como una chiquilla en fiestas; sus hijos subían y bajaban sin orden ni objeto, sin saber por qué, dando inconsciente satisfacción a la necesidad de moverse, de hacer algo. La enfermedad terriblemente amenazadora del Duque, había hecho crisis, desgranándose en un llanto largo, largo y dulcísimo, sobre los hombros de su esposa. Los médicos aseguraban que la naturaleza había triunfado de no sabía qué enemigo (¿una congestión, un derrame, un trastorno nervioso?) y había vuelto a todo su rotundo y formidable vivir.

Lo que pasó fué ésto: El Duque devoraba todos los días cuantos periódicos de Madrid llegaban a su despacho y cuantos telegramas insertaban los diarios vizcaínos. De momen-

to en momento esperaba la explosión de la bomba, la noticia del móvil que había conducido hasta a España al «detective» americano, y tras de ella el estupor nacional; el pasmo universal y las órdenes de detención y encierro en una cárcel y su embarque por fin con rumbo a la Argentina, custodiado por policías de aquella república. Su imaginación fogosa dibujábale a todo color estas escenas y aquellas otras derivadas de las mismas que ocurrían entre sus hijos, entre sus amigos, entre sus admiradores. Y así estaba al borde de la locura, en la que no cayó porque su naturaleza de acero le defendía virilmente.

Pero en el mismo periódico que le trajo la nueva infausta de la llegada de González Waston a Madrid, leyó un día que éste había muerto, que se había suicidado en su cuarto del hotel, sin dejar documentos ni rastro alguno de su misión en la Corte de España. Y todo el terror que le atenazaba el alma, se desplomó ante aquella noticia, y una vida de primavera circuló por sus venas y un llanto dulcísimo manó de sus ojos. Lla-

mó primero a su mujer, y sin decirle nada del drama horrible que se había ido desarrollando en su espíritu, la llenó de caricias y regó con la fuente de sus lágrimas aquella cabeza consternada. Después vió a sus hijos, estuvo con todos amante y cariñoso y habló a sus amigos, y esparció de nuevo la irradiación dominadora de su optimismo por todos los cauces de su actividad.

De nuevo el telégrafo y el teléfono dijeron a España y al mundo, la curación venturosa del magnate español, que tanto interesaba a la muchedumbre, y en todas partes renació la tranquilidad y concluyó el susto. En Madrid se dieron cuenta exacta de la misteriosa dolencia diagnósticándole con la certidumbre de una lumbrera del saber medical, el ministro de Estado, el director de Policía y el embajador de la República Argentina.

* * *

Ha llegado la fecha marcada para el magno homenaje con que la nación quiere honrar a su hijo predilecto, el Duque de Piedra.

Con los primeros tintes del alba, un cortejo interesantísimo lleno de color y colmado de elegancia, cruza las calles de Madrid.

Es un día veraniego que se adorna con ruidos y aromas; el sol, este sol castellano que brilla ardoroso cubriendo de llamas el case-río de la Corte, preside la marcha de una comitiva que, saliendo del palacio del Duque de Piedra, llega en ricos automóviles a la iglesia de los Jerónimos. Hállanse abiertas de par en par las puertas del templo, en el que tiembla una iluminación de lujo desconocido, llenando el ambiente de titilaciones como el cielo de una noche estival. Resue-nan dentro las armonías graves y serenas del órgano. Una mullida alfombra que arran-ca del arroyo y conduce hasta el altar ma-yor festoneada de flores y plantas, espera la llegada de los novios, de los padrinos, de los invitados. Se casa el hijo del Duque de Piedra con Virginia Morrel.

Entre una muchedumbre de curiosos que a pesar de la hora temprana maciza la calle, desfilan la linda portefaña, toda blanca, como un copo de nieve, colgada del brazo robusto

y firme del embajador de la Argentina, padrino de la boda, y detrás de ellos avanzan Fernando y su madre que actúa de madrina. En su pos va cuanto la Corte encierra de más alto en todas las aristocracias, comenzando por la representación de los Reyes que ostenta el marqués de Almanzora. El Arzobispo de Toledo, Primado de España, bendice la unión de los afortunados novios, y un poco asustado entre gente tan copetuda, el amor, se refugia medrosico en los corazones de Virginia y Fernando.

El cardenal ha pronunciado unas bellísimas palabras que comentan las frases maravillosas del apóstol: «Amaos como Cristo amó a su Iglesia», «Sed dos en uno». El anciano prelado pone timbres dulcísimos en su voz y matiza su verbo con el gesto reposado, augusto de sus manos marfileñas, traslúcidas en las que fulge la amatista cercada de brillantes.

Seguidamente la comitiva sale del templo a los acordes de «la marcha del Profeta», y el palacio del Duque se llena de ruidos y vo-

ces, de risas y cantos que salen de todas las gargantas.



¡Qué grande ha sido España honrando a su hijo! ¡Cómo los pueblos nobles cumplen con sus deberes enalteciendo a quienes les dan realce! Todos, los de arriba y los de abajo, desde la Corona al obrero más humilde, han aportado el homenaje de su presencia y de su aplauso en la exaltación del Duque de Piedra. No se olvidará a cuantos lo presenciaron, aunque vivan años y años. Allí se dieron cita los sabios y los ricos, los nobles y los trabajadores, el pueblo y la clase media. Por doquier ha circulado con detalles la suntuosidad del acto; ya lo saben en todas las naciones que tienen prensa medianamente informada. El programa que se trazó se ha cumplido con exactitud matemática. Un paro absoluto, general, de toda clase de trabajo, en la Península y en otros muchos puntos del globo, durante la hora prefijada, ha incorporado a la manifestación millones y

millones de hombres. El Rey y el jefe del Gobierno, hablan gozosos del triunfo de la bondad y del valer.

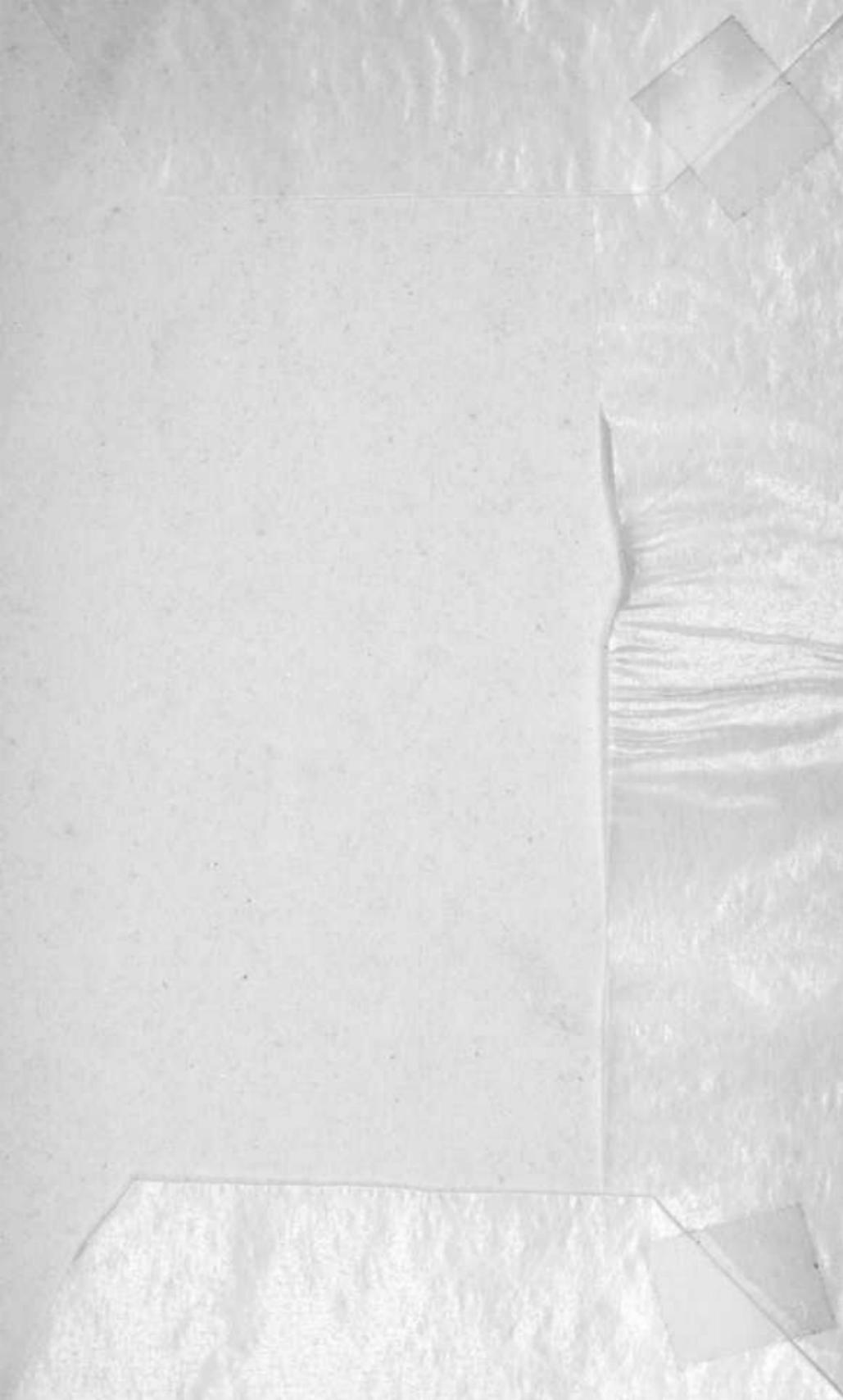
Pero hubo un asistente que nadie vió y que era tal vez el más interesante de cuantos concurren al homenaje. El oyó las palabras alentadoras de S. M.; él escuchó los aplausos, los gritos de la muchedumbre; él vió los ojos llenos de lágrimas, los labios balbucentes de emoción, las manos encendidas de batir. El lo apercibió todo y nadie pudo verle a él, porque él se escondía dentro del homenajeado, porque se hallaba en el alma del Duque de Piedra. Allí, de pie, en el centro de ella, rodeado de la conciencia purificada, se halló José, el español, que mató sin plena libertad espiritual, sin clara responsabilidad absoluta. Allí estaba recibiendo la absolución unánime que había buscado año tras año durante su vida larga y fecunda, derrochando trabajo y honradez y virtudes, haciendo de la caridad que alumbraba y vivifica una obligación ineludible, y del patriotismo que llena de nobleza a cuantos le profesan sentidamente y eficazmente un de-

ber sin restricciones. José, después de hacer rodar su mirada por aquel mar de cabezas cuajadas de emoción, la elevó hasta el Cielo y una oración de arrepentimiento y humildad y un ruego ferviente de perdón llegó a las plantas de Dios; y los ángeles sonrieron satisfechos de la misericordia infinita del Altísimo, que puso el dón inapreciable de su perdón divino sobre la cabeza redimida del Duque de Piedra.

FIN

1.800

-LE1



Precio. 2'50

B 317

1801

1802

1803

1804

El Duque

de Peñara

1805

B 3195